

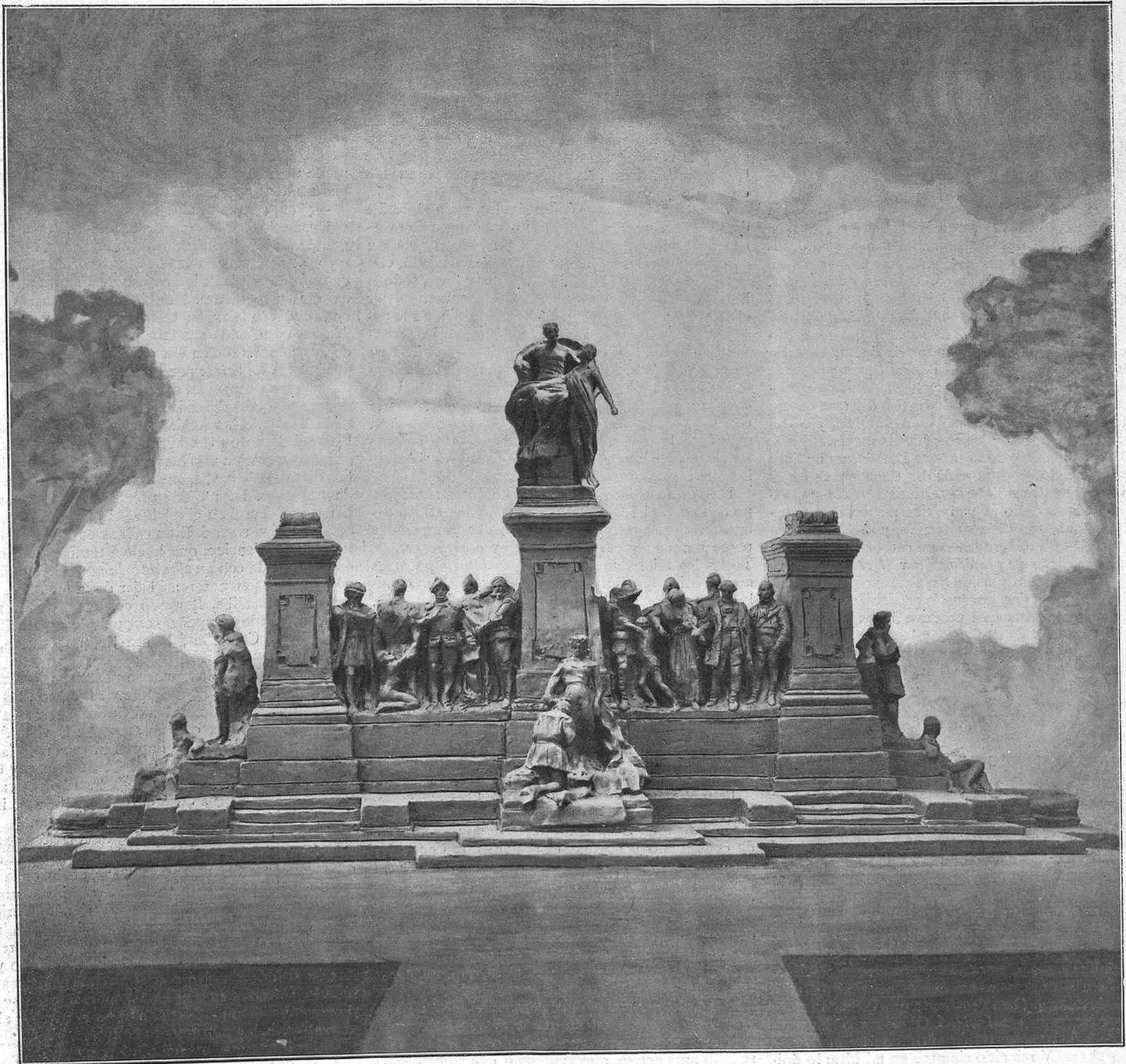
La Ilustración Artística

Año XXX

BARCELONA 25 DE DICIEMBRE DE 1911

Núm. 1.565

HOMENAJE DE FRATERNIDAD DE LA REPÚBLICA ARGENTINA Á ESPAÑA



BOCETO DEL MONUMENTO QUE LA REPÚBLICA ARGENTINA DEDICA Á ESPAÑA, obra de Arturo Dresco
(De fotografía de Gaspar Romieux)

La República Argentina, deseosa de dar una prueba elocuente de su acendrado afecto á España, acordó recientemente la erección de un monumento dedicado á la madre patria cuya ejecución acaba de ser encomendada por la Comisión Nacional del Centenario al notable escultor argentino Arturo Dresco. Para que nuestros lectores comprendan la significación de este monumento, cuyo boceto reproduce el adjunto grabado, copiaremos lo que acerca de él ha dicho en documento oficial la Comisión expresada:
«La maquette presentada y aprobada por la Comisión es una página histórica en bronce de toda la acción de España en esta parte de América, pues aglomera al pie del escultórico

grupo principal de España y la Argentina la serie de valerosos capitanes, misioneros, adelantados y estadistas que trajeron la enseña, el idioma, la religión y la pujanza de la madre patria á estas regiones vírgenes desde D. Pedro de Mendoza al virrey Hidalgo de Cisneros.
»El monumento ocupará una extensión de 21 metros lineales y más de doce de altura.
»Con este monumento recompensa la República Argentina la hidalguía del gobierno de España y sella la confraternidad de ambos países invocando la gloria de la paz como el más profundo homenaje á la obra de la emancipación.
»El costo de este monumento es de 200 000 pesos. Estará terminado para 1915.»

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el quinto y último tomo de los correspondientes á la serie del presente año, que es el inmortal poema

LA ENEIDA, DE VIRGILIO,

traducido en prosa castellana por D. Eugenio de Ochoa y con ilustraciones del célebre artista inglés Wal Paget.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La vieja*, por Eugenio Drevetón. — *La Natividad del Señor en los Santos Lugares*. — Sevilla. Monumento á Bécquer. — Dr. Luis Forrer. — *Actualidades barcelonesas*. — *La arqueta del Cabildo catedral de Palencia*. — *El enigma de la calle de Cassini* (novela ilustrada; conclusión). — *La señorita Bernsten*. — Libros.

Grabados.—*Boceto del monumento que la República Argentina dedica á España*, obra de A. Dresco. — Dibujo de Calderé que ilustra el cuento *La vieja*. — *El niño Jesús acogido á los mártires inocentes*. — *Mujeres cristianas de Betlehem en traje del país*. — *Betlehem. Procesión que se celebra el día de la Natividad del Señor*. — *Monumento á Bécquer*, obra de L. Coullaut Valera. — *Personajes que tomaron parte en la representación en honor de Bécquer*. — *Los premios Nobel*. — *La Virgen y el Niño Jesús*, cuadro de Giampetrino. — *Ceremonia de Nochebuena en los Abruzzos*, dibujo de R. Pellegrini. — Dr. Luis Forrer. — *Barcelona. Reparto de premios en la Escuela Superior de Bellas Artes*. — *Sesión inaugural de la Asamblea Americanista*. — *Arqueta que el Cabildo catedral de Palencia ha regalado al Estado*. — *Barcelona. El obispo sirviendo la comida á los pobres*. — *La Srta. Bernsten*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si los que escribimos fuésemos muy sensibles á vanidades inocentes nos envaneceríamos de las ilustres colegas que nos van saliendo. En este siglo, los reyes, las reinas, las princesas, parecen más que nunca contagiados de la afición á las letras y á las artes. Desde el rey de Portugal, que teniendo en su reino tanto en qué entender, se ocupaba de pintura y poesía, y el Káiser, que en vez de hacer la guerra, como de él se esperaba, hace libretos de ópera, hasta la reina de Rumanía, la infanta Paz de Baviera, y ahora la infanta Eulalia, que por un libro de sociología y filosofía arriesgó tan graves disgustos, dijérase que es epidémico esto de asir la péñola ó el pincel, y entregarse á los halagos de las respectivas musas.

Del caso reciente de la infanta Eulalia, no hablaré largo y tendido, porque cada día toma nueva faz, y es probable y deseable que termine pacífica y naturalmente, quedando la simpática princesa en excelente armonía con toda su familia, y acallado el estruendo de tal incidente, que en carta que recibo de Francia califican de *plutôt fâcheux*. Y no llamo simpática á la princesa porque haya publicado esa obra que no conozco, sino porque lo es, debiéndose la impresión de simpatía que produce á dos motivos: la gracia y atractivo de su figura, y la franqueza cordial de su acogida. Así, todos los que hemos sido por ella recibidos con tanta gracia y bondad, deseábamos vivamente que no pasase el pleito á más señores. Por España, por la misma infanta, convenía una solución perfectamente amistosa, que no diese que reír al diablo, como suele decirse.

Y todo, por 300 ó 300 y pico de páginas, en que se trata de matrimonio, divorcio, feminismo, religión, etcétera. No faltará quien se asombre del giro que acabo de emplear, y me grite que son asuntos de primera importancia. Sí que lo son; y por lo mismo, es tanto lo que sobre ellos se ha especulado, tan grandes los nombres que figuran en la lista de autores que los tratan, que, de no hacer algo decisivo y novísimo, quizás no merece la pena de tocar siquiera esos puntos. Nadie modificará sus ideas religiosas por un libro, y los legisladores, al reformar los Códigos, tienen en cuenta el estado general de la opinión, antes que un libro que pudiese parecer inspirado por lirismos de una existencia en que el matrimonio sólo causó sabores. Otro desaliento que infunden tales libros, es su pronta caducidad. Obras sociológicas de enorme influjo hace treinta años, no hay medio de leerlas ahora. Y reincido siempre en mi idea: lo único emancipador, es el arte.

Al través de las edades, persiste la Venus de Milo, persiste el Partenón, persiste un bronce de Donatello, persiste un busto como el de Elche. Todo lo demás... En fin, no quiero desanimar á las escritoras, ni á los escritores, que estudian las instituciones sociales, ya para defenderlas, ya para condenarlas, ya para cambiarlas. Crean enhorabuena en el progreso, mientras yo medito en que no aparezca un escultor que supere á Fidias y á Scopas, un pintor que eclipse á Leonardo, un poeta superior á Salomón, ó á su padre David. En el terreno del sentimiento profun-

do, que es el del arte, no se progresa. Casi estoy por decir que tampoco se progresa en el intelectual. Quien lea á los filósofos antiguos, más de una vez se convencerá de ello. Lo único que avanza, en grado extraordinario, eso sí, es la civilización material. No la llamo material porque la desdén, no: la materia, lo físico, es vehículo de arte, y es el tipo natural de la belleza en todas sus formas. Deseando expresar estos pensamientos mismos con un cuento, y acordándome de que estamos en Nochebuena casi, lo escribí, y ahora lo ingiero en la *Crónica*.

Érase un niño enfermizo. Su madre, opulentísima señora, andaba loca con el afán de darle salud, y el médico, fijándose en la índole del padecimiento del niño, decía que, principalmente, dimanaba de una especie de atonía ó insensibilidad, efecto de que su sistema nervioso se encontraba como amodorrado ó dormido, y no comunicaba al organismo las reacciones vitales y al espíritu la fuerza necesaria. Es decir que Fernandito, que así le llamaban, vivía á medias, como vegetando, lo cual es sobrado para una planta, pero insuficiente para un hombre.

Trataba la madre de despertar por todos los medios la sensibilidad, la imaginación y la vida psíquica de su hijo, sin lograrlo. Le paseaba, le adivinaba los gustos, le traía juguetes y golosinas; y el chico tomaba los juguetes un momento y luego los dejaba caer, con indiferencia, á los pies del sillón en que permanecía lánguidamente sentado meses y meses. Las golosinas, las probaba apenas; con alguna, sin embargo, se encaprichaba, y era un arma de doble filo, porque le alteraba el estómago, y como el ejercicio y el movimiento no contrastaban los efectos de la glotonería infantil, las indigestiones ponían su vida en peligro.

El desfile de doctores consultados, trajo el desfile de sistemas: el pobre Fernandito fué campo de experimentación de los más diversos. Desde el agua fría con sus chorros glaciales, hasta la electricidad, con sus picaduras de aguja, mordicantes y finas, todo lo hubo de sufrir el cuerpo de Fernando, sometido, por el amor, á torturas que no inventa el odio. Se le paseó de balneario en balneario; se le arrastró de sanatorio en sanatorio, de playa en playa, de altitud en altitud; se le sometió á rigores espartanos, y, como quiera que la ciencia afirmaba que á veces el dolor despierta y fortifica, se llegó al extremo de azotarle con unas varitas delgadas, iguales á las que sirven para batir la crema, mientras la madre, que no quería presenciar la crueldad, se refugiaba en un cuarto interior tapándose con algodón los oídos...

Fuera no acabar nunca referir cuanto se ensayó y practicó con el desgraciado atónico. El catálogo demostraría hasta qué punto la ciencia contemporánea posee recursos y es rica en ideas y combinaciones. Todos los reinos de la naturaleza; todos las fuerzas mal definidas y estudiadas que al través de ella circulan, concurren á la obra de la intentada curación. El novísimo *radium*, substancia maravillosa, también salió á relucir y nada. Fernandito, no cabe duda, mejoraba físicamente; su cuerpo, adolescente ya, se fortalecía; pero continuaba dando el mismo lastimoso espectáculo de un pensamiento ausente, de una voluntad muerta, de una conciencia entumecida, de un espíritu yerto. Los músculos obedecían al conjunto de la sabiduría humana; los nervios resistían. Y, para decirlo en estilo vulgar, Fernandito seguía tan tontaina como antes.

Pero el amor—que era la madre—no se cansaba, no se daba por vencido. Cuando, por último, los médicos, fatigados, declararon que, por su parte, estando conseguido lo posible, lo principal, lo demás era cuestión que había que confiar á la naturaleza misma, la cual se reserva, en sus santuarios, mucho que no ha entregado aún á la investigación humana, aunque es de suponer que un día no tendrá más remedio que entregarlo, la madre, oída la sentencia, irguióse encendida, arrebolada de inspiración... Y juntando las manos, mirando al cielo, imploró, como si exigiese:

—Tú, Señor, que me has permitido dar á mi hijo la carne, permite también que le dé el alma.

Desde el punto mismo, dedicóse la madre á un trabajo muy activo, muy reservado, que se verificaba en habitaciones completamente independientes de aquellas en que ella y su hijo vivían. Toda clase de operarios entraban y salían sin cesar, y mujeres jóvenes, envueltas en pieles baratas, arrebujadas en largos abrigos de paño, se reunían allí al anochecer; de las tiendas venían géneros; una instalación complicadísima se realizaba, en una sala que solía estar cerrada siempre; y á las altas horas, el vecindario creía escuchar cantos, músicas, que contrastaban con el silencio habitual de una morada que las tristezas de la enfermedad de Fernandito habían asombrado y entenebrecido siempre. Ocurría esto en los

últimos meses del año, cuando iba aproximándose la Navidad.

Y la tarde del día 24, el niño, más amodorrado que nunca, se quejaba mansamente de frío, á pesar de la gran chimenea, en que ardía alta hoguera de leña seca, cuyas llamas regocijaban y derramaban suave calor. Su madre extendió por los hombros de la criatura un mullido abrigo de pieles, y sonriéndole, hablándole mimosa, le advirtió:

—¿No sabes? El Niño Dios ha venido á verte.

Pero estas palabras no despertaban en Fernandito idea alguna. No las entendía. Las repetía lentamente, como en sueños:

—Niño Dios, Niño Dios...

—Y la Virgen, insistía la madre. Y los angelitos.

—Tengo frío, insistía el muchacho, temblando ligeramente.

Por un instante, sintió la madre que sus esperanzas se fundían, á semejanza de la nieve ligera que acababa de caer y que, suspensa del alero, iba á convertirse en agua y en lodo. ¡Su hijo no tendría alma jamás! ¡Cuanto se intentase, inútil! Y pensaba en lo que sería de ella aquella noche, después de fracasada la tentativa suprema... Porque fracasada la creía, y habría que renunciar á la lucha. Fundaría un convento de caritativas monjas, se retiraría á él, y allí viviría con su enfermo sin alma, lejos del mundo, que se ríe de los pobres niños atontados...

Era la hora de acostar á Fernandito, y resignada y desesperada á la vez, fué ella misma, como siempre, á desnudarle y á someterle las sábanas. Quedóse luego en vela al lado de la cama. Al acercarse la media noche, envolviendo rápidamente al niño en pieles tibias, descalzo y todo, lo arrebató como una presa, mientras le repetía al oído:

—¡Ven, que ha nacido Dios y te está llamando!

Cruzando un largo pasillo, abierta una puerta grande, entraron en un salón inmenso, todo oscuro; y al pronto, una luz sola, intensísima, ardió en el espacio, y sus fulgores astrales alumbraron un paisaje sorprendente. Montañas, valles, oasis de palmeras, y, á lo lejos, las torres de una ciudad magnífica, las cúpulas de sus templos, las extremidades de sus minaretes. No era el Nacimiento de cartón, con figuras de barro: por los riachuelos corría agua, los árboles susurraban agitados por el viento, y verdadero césped, salpicado de flores, crecía en los praditos, y orillaba las sendas. De pronto, empezó á poblarse el desierto panorama. En el fondo de sombría gruta, aparecieron una hermosísima mujer y un hombre de plateada barba, que lleva en la mano una vara de azucenas. La mujer sostenía en sus brazos un Niño, que acostó en el establo. Al punto mismo, una música divina resonó. Eran cadencias de gozo, la risa fresca del villancico, que huele á tomillo de monte, entremezclada con un alboroto de gorjeos de pájaros; y los pastores empezaron á bajar de la montaña, cantando su tonadilla, llevando corderos, cestillos de frutas, tocando zampoñas, empujándose para llegar más presto. Con ellos, la estrella, majestuosa, caminaba.

Y, parados ante la gruta, se postraron, estirando las getas, con curiosidad simple y santa, con las manos alzadas, enclavijados los dedos callosos; y la madre, de Fernandito, que no apartaba la vista de su hijo, creyó morir, de la impresión que recibía. El muchacho se había incorporado, lentamente, y también en su mirada, como en la de los rústicos caberos, brillaba la chispa de la curiosidad, llena de ingenua bobería, pero ¡tan humana!, ¡tan humana!

Entre el silencio repentino de la adoración, se alzó un canto celeste, sostenido por los registros más delicados del magnífico órgano eléctrico, oculto en la sala contigua. Eran muchas voces, afinadísimas, unidas en masa coral, elevando el himno, triunfal, glorioso: «¡Aleluya, Aleluya! ¡Nos ha nacido un Niño! ¡Aleluya!

Cogió la madre á su hijo, ya con alma, y apretándolo contra un corazón que saltaba de miedo y de ilusión ardorosa, entró con él por los senderos del paisaje. Corría, como si en tal momento no se pudiese perder minuto. Corría, porque Fernando, al oír el cántico, había murmurado bajito:

—¡Qué precioso, mamá! ¡Qué precioso!

Y, ya al pie de la gruta, haciendo apartarse á los pastores con una seña, la madre se arrodilló y señalando al Niño dormido sobre la paja, murmuró anhelosa, en súplica ardiente:

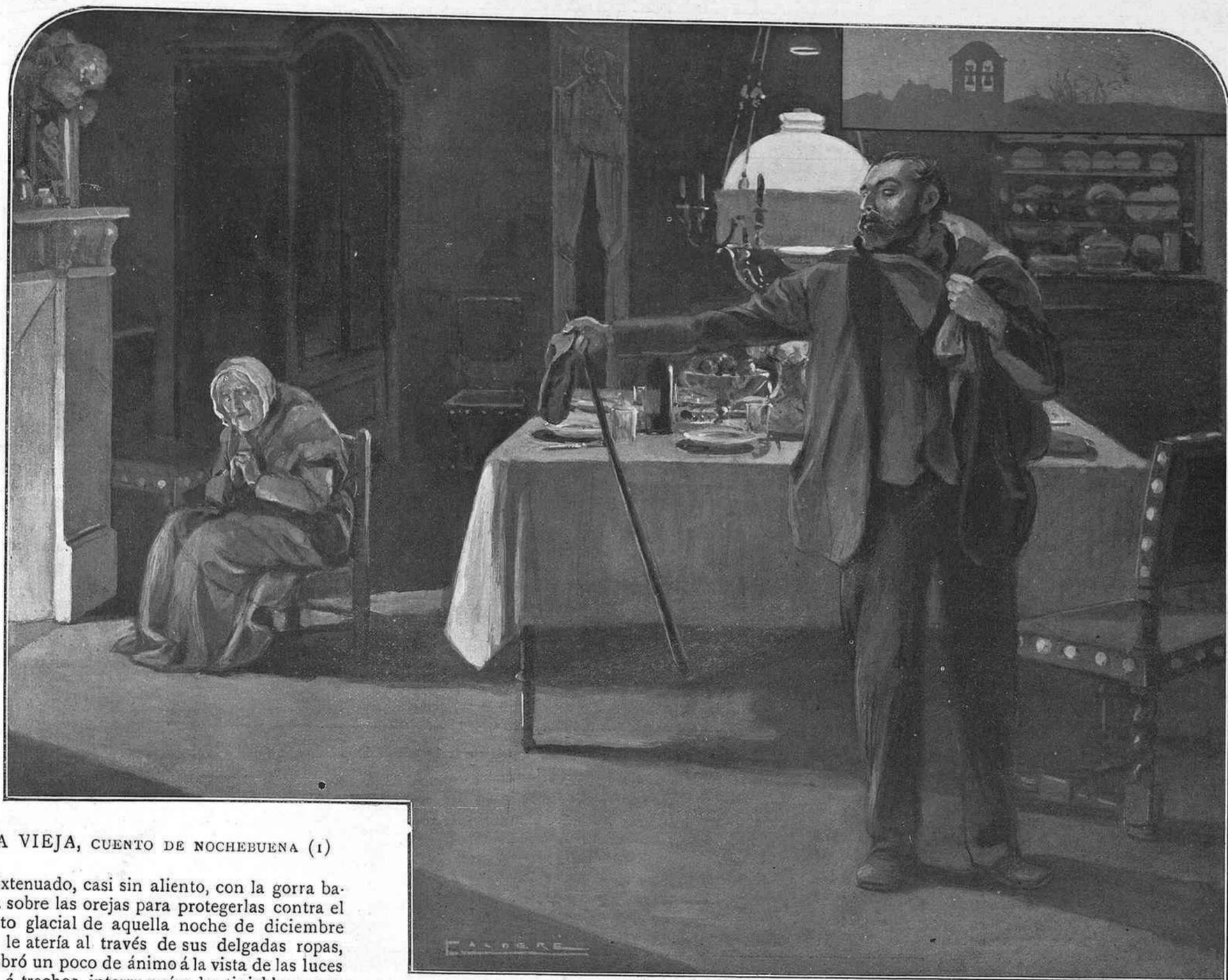
—¡Bésalo Fernando!

El muchacho dudó un segundo, como si no entendiese. Al cabo, entre un temblor de vida, con un llanto salvador, con un grito, en que su espíritu nacía, exclamó:

—¡Qué bonito! ¡Qué bonito es el Nene!

Y aplicó los labios á la faz de rosa, que, despierta, le sonreía...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



LA VIEJA, CUENTO DE NOCHEBUENA (1)

Extenuado, casi sin aliento, con la gorra bajada sobre las orejas para protegerlas contra el viento glacial de aquella noche de diciembre que le atería al través de sus delgadas ropas, recobró un poco de ánimo á la vista de las luces que, á trechos, interrumpían las tinieblas, y con un movimiento de hombros que le era familiar, enderezó el saco de lienzo que llevaba á cuestas y que contenía sus harapos de repuesto.

—¡Una aldea, al fin!, murmuró. ¡Ya era hora!

Peró al mismo tiempo sintió una inquietud. ¿Serían aquellos lugareños más hospitalarios que los de los pueblos que había atravesado durante el día y en donde las gentes, espantadas por su semblante, flaco y duro, por su barba inculta, por su miserable vestimenta y por sus ademanes cazurros de vagabundo en acecho sin duda de un mal golpe, le habían cerrado las puertas de todas las casas como si fuera un perro rabioso?

—¡Ah, desgraciados!.. De un modo ó de otro es menester que yo coma; no puedo morir de hambre en medio de la carretera.

Ahora ya no imploraría; exigiría, tomaría y tanto peor para los que se opusieran á ello. Si cometía un crimen, por culpa de los demás sería. ¡Que le dieran de comer y le ofrecieran un asilo en donde pasar aquella noche helada!

¡Un crimen! Esta palabra ya no le asustaba; tiempo de sobra había tenido para familiarizarse con ella desde que vagaba al azar por los caminos. Y en su imaginación vió monedas de plata y de oro que hundía precipitadamente en los bolsillos antes de huir... Una vez realizado el golpe, tonto sería si dejaba que lo prendieran.

Haciendo un supremo esfuerzo, arrastróse hasta la aldea, cuyas pocas casas alzábanse á ambos lados de la carretera. La primera, á la derecha, tenía bastante buen aspecto con su fachada blanca y sus varias ventanas, una sola de las cuales, la del piso bajo, estaba iluminada. De fijo que los que la habitaban debían tener dinero guardado... Ante todo, á pesar del hambre que le atormentaba y le impulsaba á llamar á la puerta sin esperar más, era preciso estudiar á las gentes y evitar el mostrarse demasiado pronto. Además, algo más lejos había otras ventanas que proyectaban también sus rectángulos de luz en el suelo de la calle y que le inspiraban un miedo

instintivo. Un ruido lejano de voces le hizo deslizar-se en una zanja, detrás de unas zarzas, en donde, al través de las ramas cargadas de escarcha, procuraba observar sin ser visto.

Encogido, castañeteándole los dientes y acariciando de nuevo las ideas de robo y asesinato que la acuidad de sus sufrimientos exacerbaba, esperó... ¡Muy tarde se acostaba la gente en aquel pueblo! De pronto hendieron el aire las campanadas de la iglesia, de la que apenas distinguía la mole del campanario, y á aquella señal hubo en toda la aldea como un rumor de fiesta: abriéronse puertas, oyéronse llamamientos de unos vecinos á otros y en las sombras, apenas disipadas por las cortas llamas de los movedizos faroles, perfiláronse vagas siluetas. Con las voces claras de las mujeres y las más recias de los hombres, mezclábanse gritos alegres de chiquillos.

¿Qué significaba á tal hora todo aquel movimiento? El vagabundo no acertaba á explicárselo.

—¡Si es Nochebuena!, exclamó al fin. Ya no me acordaba.

Esperó unos instantes más, luego se enderezó gimiendo á causa de la rigidez de sus miembros producida por el frío y la prolongada inmovilidad, y encorvado y procurando amortiguar el ruido de sus pisadas, encaminóse hacia la fachada blanca. Por la ventana hundió su mirada en el interior, iluminado por una lámpara colgada en el techo y por los intermitentes resplandores del fuego de la chimenea.

—¡Qué suerte! No hay más que una vieja, díjose para sus adentros.

A fin de no alarmar á los habitantes de las casas vecinas, tanto más cuanto que un perro comenzaba á ladrar, abrió con precaución la puerta y desde el umbral examinó de nuevo la amplia estancia.

—Buenas noches, dijo con voz áspera; aquí se está mucho mejor que fuera.

La anciana, tocada con una cofia blanca y cuyas mejillas surcaban mil arrugas, estaba acurrucada en una silla baja delante del hogar, en donde ardía un enorme leño. Volvióse sin el menor sobresalto y una sonrisa animó sus labios al ver al vagabundo que, sin embargo, la miraba con ojos centelleantes.

—No, partiré esta noche. ¡Adiós, buena mujer!

—Entre usted, buen hombre; sería un pecado dejar en la calle á un cristiano con un tiempo como éste. Entre usted, le digo..., ya que se le esperaba.

—¡Cómo, me esperaban!, exclamó el vagabundo con expresión de sorpresa y avanzando algunos pasos.

—Claro que sí; en la noche de Navidad nuestra puerta permanece siempre abierta, y en esta casa, en la casa de los Forchery, está siempre preparada la porción de Dios.

Entonces, el infeliz se acordó de la tradición fielmente conservada entre los campesinos y que exige que en esa solemne noche se reserve la parte de los pobres.

—Pues bien, dijo tirando al suelo su saco y su palo; muévase usted, buena mujer, y sírvame pronto, porque no puedo más y necesito comer en seguida. Después hablaremos.

—Tome usted de la mesa lo que le convenga; yo estoy casi parálitica y mis piernas se niegan á llevarme. ¡He trabajado tanto en otro tiempo! Ahora no soy buena para nada más que para guardar la casa. Mis gentes se han ido á la misa del gallo... ¿Qué, busca usted el pan? Está en la artesa. Coma usted todo lo que quiera, que en una noche como hoy debe haber un poco de felicidad para todo el mundo; y sólo mirándole se ve que es usted de los que sufren. ¿Viene usted de muy lejos?

—Sí, de muy lejos, murmuró dejando sobre la mesa el pan que había sacado de la artesa y cortando una gran lonja del rosado jamón puesto en un plato blanco.

Sentóse, llenó su vaso y sin preocuparse de la vieja, que, medio de espaldas á él, continuaba con voz gangosa sus reflexiones, púsose á comer con verdadera avidez.

—Da gozo verle á usted comer..., pero dígame usted, ¿adónde iba usted á estas horas?

El vagabundo movió la cabeza como queriendo decir: «¿Y yo qué sé?» Llenó nuevamente su vaso y fijando en la anciana una mirada singular, dijo:

—¡A su salud, buena mujer!

—Mejor es que beba á la de usted. Yo llevo ya

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

al término de mi largo viaje y estoy tan débil, que puedo morirme de un momento á otro..., quién sabe si dentro de un instante...

Un ligero estremecimiento agitó el cuerpo del vagabundo. ¿Habría la vieja adivinado sus intenciones?

—Usted, en cambio, es joven, siguió diciendo la anciana, y bajo su aspecto lastimoso, adivínase que hay todavía fuerza.

—En cuanto á fuerza no falta; lo que falta es contentamiento.

La vieja, en voz baja, pronunció lentamente estas palabras, como si aludiese á su propia existencia pasada:

—¿Qué quiere usted! Todos hemos de tener paciencia; hay momentos malos en la vida.

—Pero también los hay buenos, cuando uno puede comer cuanto tiene gana, como yo esta noche.

Reanimado por el calor del hogar y satisfecha su hambre, fijó con más atención su mirada

en los objetos que le rodeaban, en los viejos muebles de nogal que debieron servir á varias generaciones, en la alacena, en el alto aparador en donde se alineaban los platos con flores pintadas, en las cortinas de cretona que envolvían un lecho instalado en un rincón de la estancia... El dinero debía estar en uno de los cajones de la alacena; así se ahorra el tener que buscar y registrar.

La anciana, cansada de hablar más de lo que solía, permanecía silenciosa; con los codos apoyados en las rodillas y las manos, ásperas y deformadas por las rudas faenas, puestas á modo de pantalla delante de la cara, parecía absorta en sus pensamientos. ¡Ven tantas cosas los viejos en el resplandor de los tizones!

El vagabundo, después de apurar un último vaso de vino y con el brazo sobre el respaldo de la silla, escuchaba atentamente; era el instante de obrar, porque la gente no tardaría en volver de la iglesia. ¡Y decir que iba á cometer un crimen, su primer crimen, en una Nochebuena! ¡Coincidencia fatal!.. Pero ¿se le presentaría acaso mejor ocasión que aquella?.. Un fuerte golpe en la cabeza, y la vieja caería rodando en el hogar... ¡Valiente modo de pagarle su hospitalidad franca y generosa!.. ¿Qué iba á vacilar en el momento crítico? No, el dinero estaba allí, en el bufete; lo veía con el pensamiento; suyas serían las monedas de oro y plata.

Y bruscamente bajóse y recogió su bastón.

La vieja, sin moverse, murmuró: —La misa toca á su fin y mis gentes van á volver pronto... Después de la cena de Navidad, le acompañarán á usted al granero, en donde encontrará paja bien caliente y podrá usted descansar y dormir hasta hartarse. Mañana almorzará usted con nosotros y luego pondremos en su alforja un buen zoquete de pan.

El vagabundo dió un paso hacia ella; aquellas últimas palabras habían conmovido su corazón, agriado, endurecido por la miseria; una emoción extraña le oprimía.

—No, dijo quitándose lentamente la gorra y con una voz que había perdido su anterior rudeza; partiré esta noche. ¡Adiós, buena mujer!

—¿Se va usted? ¡Dios de bondad! ¿Y adónde irá usted á estas horas y con este tiempo?

—No se preocupe usted, ¡tantas otras inclemencias he soportado! Ahora ya sé adónde he de ir. Que

no y de cariñoso había en él, toda su alma, envió un último adiós á la anciana, más asustada y asombrada ahora de su brusca partida que una hora antes de su repentina llegada.

Y echó á andar en medio de las tinieblas. Las estrellas despedían brillantes destellos, y el vagabundo sentíase reconfortado, con más energías que nunca, lleno de un contento desconocido. Una alegría sobrehumana parecía ponerle alas en los pies y á sus labios acudían canciones de Nochebuena de otros días y por largo tiempo olvidadas, que eran una música celeste. Y cantaba á toda voz, acompañando las estrofas con el ruido de sus pasos, que alegraban la carretera.

Según había dicho á la buena anciana, ahora sabía adónde iba, allá, lejos, á la vieja granja que le viera nacer y bajo cuyas negras vigas habíase dormido los suyos en la paz de la ta-

rea cumplida, como también él, cuando llegase la hora, se dormiría suavemente con la conciencia purificada.

EUGENIO DREVETÓN.

(Dibujo de Calderé.)



El Niño Jesús acogiendo á los Mártires Inocentes, cuadro existente en la iglesia de la Natividad de Betlehem (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

viva usted mucho; que la dicha y la prosperidad reinen en esta casa, en todos sus habitantes, en los que más tarde vengan. Tal es el voto del vagabundo y los votos que se hacen en Nochebuena dícese que casi con seguridad se ven cumplidos.

Y con su paquete de harapos colgado á la espal-



Mujeres cristianas de Betlehem en traje del país (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR EN LOS SANTOS LUGARES

Toda la cristiandad conmemora el natalicio de Nuestro Señor Jesucristo; lo mismo en las grandes ciudades que en las más modestas aldeas, así en el palacio del potentado como en las chozas de los humildes, la Nochebuena constituye una de esas fiestas tradicionales que han resistido la acción de los siglos y los embates de los enemigos de la religión verdadera.

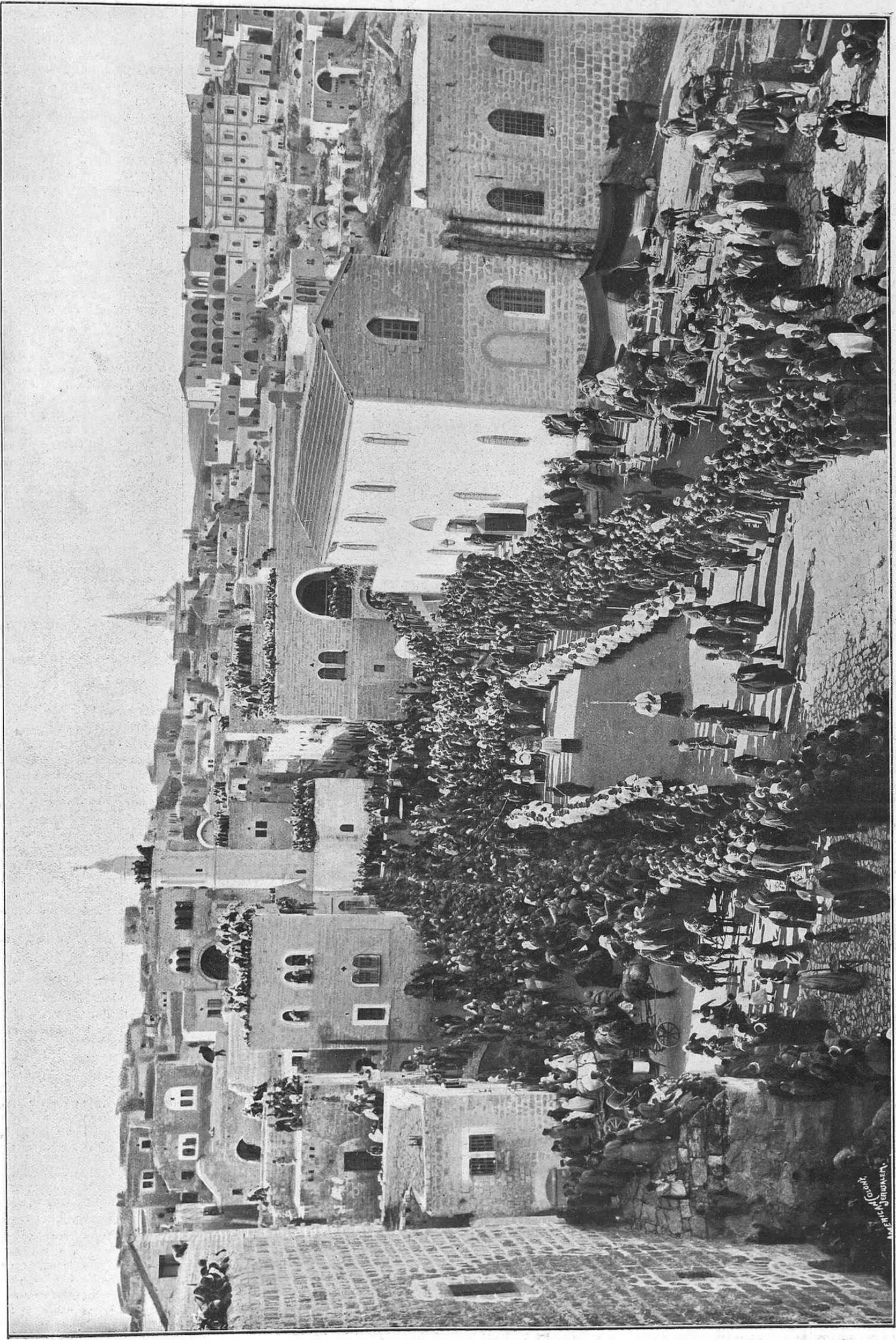
Y si en todas partes se celebra con tanta piedad como entusiasmo esa fecha, la más grande y trascendental de la historia de la humanidad, no hay que decir con cuánta magnificencia se solemniza en aquellos lugares que han merecido el dictado de Santos, por haber nacido, vivido y padecido muerte en ellos nuestro Redentor.

En Betlehem efectúase el día de Navidad una procesión grandiosa; millares de fieles concurren á ella y las calles por donde pasa están llenas de una multitud que la presencia con el mayor recogimiento. La fotografía que reproducimos en la página siguiente da perfecta idea de la magnitud de la ceremonia religiosa y del aspecto pintoresco que ofrece en tal día la ciudad santa.

Celébranse asimismo grandes fiestas en la iglesia de Santa María ó de la Natividad, cuya construcción, comenzada por Santa Elena, fué terminada por Constantino el Grande en el primer tercio del siglo III de la era cristiana. Este templo se levanta sobre la gruta en donde nació Jesús y en él tienen altares los armenios y los griegos; los católicos latinos, que no poseen altares en la iglesia, son dueños de la Gruta de la Natividad, en cuyo fondo un bloque de mármol blanco con incrustaciones de jaspe y encerrado en un círculo de plata marca el sitio en donde vino al mundo el Salvador.

da se dirigió á la puerta; pero antes de salir, volvióse y con un ademán en el que puso cuanto de bue-

do en un círculo de plata marca el sitio en donde vino al mundo el Salvador.



Betlehem.—Grandiosa procesión que se celebra el día de la Natividad del Señor. (De fotografía de Carlos Trampus.)

AMERICAN COLONY
BETHLEHEM, PA.

SEVILLA

EL MONUMENTO Á BÉCQUER

En el número 1.501 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA explicamos cómo los aplaudidos autores dramáticos Sres. Alvarez Quintero concibieron el proyecto de erigir en Sevilla un monumento al excelso poeta Gustavo Adolfo Bécquer y cómo para ello escribieron *La rima eterna*, destinando á la construcción de aquél el producto de los derechos de representación de esa preciosa comedia.

La rima eterna se representó en todos los teatros de España y su éxito fué tal, que no se ha necesitado más de un año para que los propósitos que movieron á sus autores á escribirla se hayan visto realizados. En efecto, el día 9 de este mes inauguróse con gran solemnidad el monumento, hermosa obra del notabilísimo escultor Sr. Coullant Valera, en quien los Sres. Quintero han encontrado no sólo un colaborador entusiasta y desinteresado, sino también un intérprete genial que ha sabido dar forma bellísima á su generosa idea.

A la inauguración del monumento precedió una solemne función de gala en el teatro Cervantes, brillante homenaje á Bécquer organizado por la compañía Guerrero-Mendoza y por los Sres. Alvarez Quintero. El teatro ofrecía espléndido aspecto; todos los palcos estaban ocupados por distinguidas damas y bellas señoritas de la mejor sociedad sevillana tocadas con mantillas y adornadas con flores.

Después de una sinfonía, representóse el epílogo de *La rima eterna*, escrito expresamente por los Sres. Alvarez Quintero, con el título de *El ensueño de la Ensoñadora*. El teatro representa un hermoso bosque, á la izquierda del cual álzase el busto de Bécquer, por delante del cual van desfilando y depositando flores en homenaje á su gloria los principales personajes á quienes dió vida en sus inmortales creaciones el gran poeta. María Guerrero estuvo admirable en el poético papel de la *Ensoñadora*.

Al terminar la representación, actores y autores tuvieron que presentarse infinidad de veces en escena, siendo objeto de entusiastas ovaciones.

Después, el señor Díaz de Mendoza leyó un discurso de los Sres. Alvarez Quintero. En este trabajo, los ilustres dramaturgos sevillanos comienzan haciendo protesta de cariño filial á Sevilla y ofreciendo el homenaje á Bécquer. Manifiestan que su propósito de erigir el monumen-



Monumento á Bécquer recientemente inaugurado en el Parque de María Luisa, de Sevilla. Obra de Lorenzo Coullant Valera. (De fotografía.)

to se ha conseguido en poco más de un año, merced al cariño de todos, desde la reina al más modesto

trabajador. Relatan las vicisitudes por que ha pasado el proyecto desde que se concibió la idea de que

se unas cuartillas de los populares dramaturgos y el siguiente telegrama dirigido á éstos por S. M. el rey:

«Jefe superior de la Mayordomía de Palacio.— Su Majestad ha agradecido su amable telegrama y me ordena felicite á ustedes muy calurosamente por el éxito del homenaje á Bécquer y por la inauguración del monumento.

»Nuestro augusto soberano envía también su entusiasta parabién por conducto de ustedes al escultor Coullant Valera y á cuantos en esa hermosa ciudad los han secundado en su noble empresa de honrar la memoria gloriosa del preclaro poeta sevillano.»

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se asocia con entusiasmo así al homenaje que los señores Alvarez Quintero han tributado á Bécquer como al que, con motivo de la inaugura-



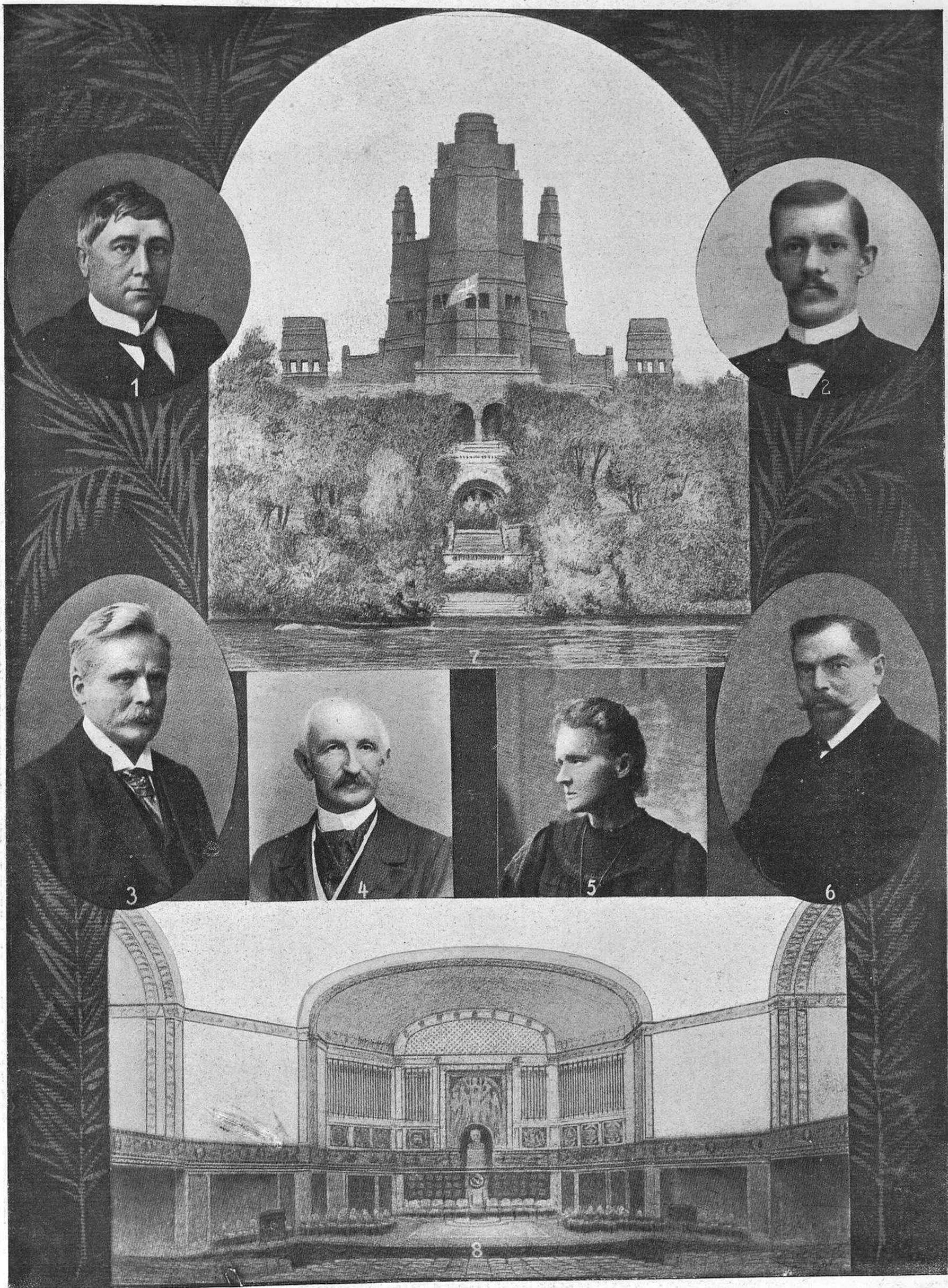
Personajes que tomaron parte en la representación que en homenaje á Bécquer se dió en el Teatro Cervantes, de Sevilla. (De fotografía de Dubois.)

ción del monumento, ha tributado Sevilla á sus preclaros hijos, los autores de *La rima eterna*.—P.

lo ejecutara Susillo hasta que se colocó la primera piedra y enaltecen la memoria del malogrado artista.

ción del monumento, ha tributado Sevilla á sus preclaros hijos, los autores de *La rima eterna*.—P.

LOS PREMIOS NOBEL DE 1911



1. Mauricio Maeterlinck (Literatura) — 2. Profesor Dr. Alvar Gullstrand, de Estocolmo (Medicina).— 3. Profesor Dr. Guillermo Wien, de Wurzburg (Física).— 4. Dr. T. M. E. Asser, ministro de Estado holandés (mitad del premio de la Paz).— 5. María Curie, de París (Química).— 6. Alfredo H. Fried, de Viena (mitad del premio de la Paz).— 7. Vista del Palacio Nobel en Estocolmo.— 8. El futuro salón de actos del Palacio Nobel.



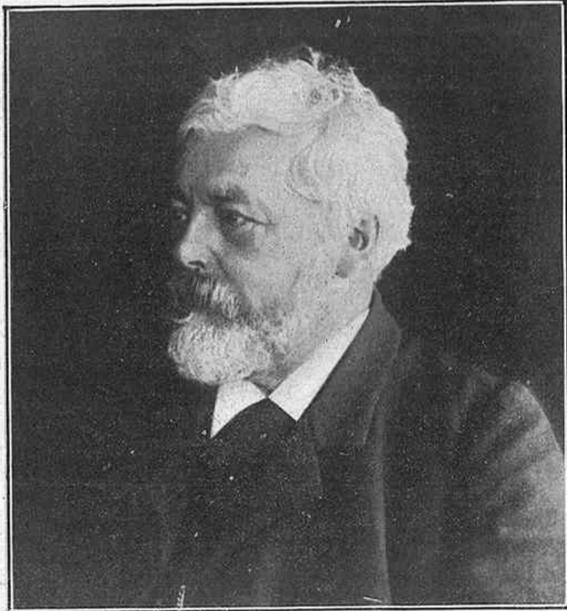
LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS, cuadro de Giampetrino. (Colección del Consejero Real Marcelo de Nemes, de Budapest.)



EL NACIMIENTO DEL SEÑOR. CEREMONIA DE NOCHEBUENA EN LOS ABRUZOS, dibujo de Ricardo Pellegrini

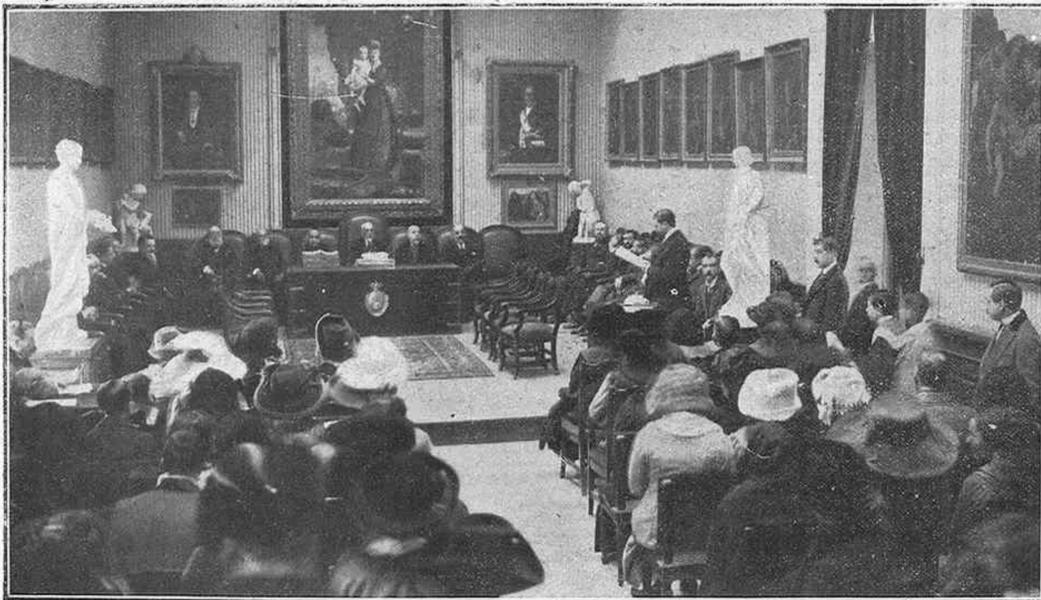
DR. LUIS FORRER

El presidente electo de la Confederación Suiza para 1912 nació en 9 de febrero de 1845 en Islikon (cantón de Thurgovia), estudió Jurisprudencia en la Universidad de Zurich y desde muy joven se dedicó a la política, en la que ha hecho una carrera brillante. Fué teniente de policía de Zurich desde 1867 á 1870, y procurador general de todo aquel cantón desde 1870 á 1873; pero agradándole poco aquellos cargos de la administración, abrió bufete en Winterthur, consiguiendo muy pronto gran fama como abogado.



El Dr. Luis Forrer,
elegido presidente de la Confederación Suiza para 1912
(De fotografía de Argus Photo Reportage.)

En aquel entonces, el gobierno suizo le encargó la redacción de una ley sobre los seguros en casos de enfermedad ó de accidentes, labor á la que se dedicó asiduamente durante dos años, presentando al fin una obra que fué aprobada por unanimidad, menos un voto, por el Consejo Nacional y por el Consejo de los Estados. A pesar de esto, el pueblo suizo, en 20 de mayo de



Barcelona.—Reparto de premios en la Escuela Superior de Bellas Artes
(De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

1900, la rechazó por una mayoría de 200.000 votos. Retiróse entonces el Dr. Forrer de la vida política activa, siendo nombrado director de la Oficina internacional de transportes ferroviarios. Dos años después, fué elegido miembro del Consejo federal y el año último vióse elevado á la vicepresidencia del mismo.

Hombre de gran inteligencia y de extraordinario espíritu práctico, su elevación á la presidencia de la Confederación ha sido acogida con entusiasmo por el país.

ACTUALIDADES BARCELONESAS

Con gran solemnidad se ha efectuado en la Escuela Superior Provincial de Bellas Artes el reparto de premios á los alumnos que asistieron al curso próximo pasado. Presidió el acto el director de la Escuela D. Manuel Fuxá, quien tenía á sus lados á los representantes del señor obispo y del alcalde.

Después de la lectura de la memoria relatando los trabajos realizados durante el año último, procedióse á la entrega de los premios y terminada ésta, pronunciaron elocuentes discursos el Sr. Fuxá y los representantes del prelado y del alcalde, habiendo sido todos ellos entusiastamente aplaudidos.

En el «Esbarjo dominical» de la parroquia de San Pablo, celebróse el XXXI aniversario de la romería de «San Francesch s'hi moria» con una comida á 150 pobres. El acto fué presidido por el Ilmo. señor obispo Dr. Laguarda, á quien acompañaban el presidente de la Academia de la Juventud Católica, organizadora de la fiesta, Sr. Aze-



Barcelona.—El Ilmo. Sr. obispo Dr. Laguarda sirviendo la comida á 150 pobres en conmemoración del XXXI aniversario de la romería de «Sant Francesch s'hi moria.» (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

mar, el duque de Solferino, los Sres. Faura y Muntadas, obreros de la parroquia, y el párroco Dr. D. Pablo Ferrer. El prelado sirvió los primeros platos á los pobres, entregando, además, á cada uno de éstos una limosna y al retirarse fué despedido con grandes aclamaciones.

Excepcional importancia ha revestido la Asamblea Americanista recientemente celebrada



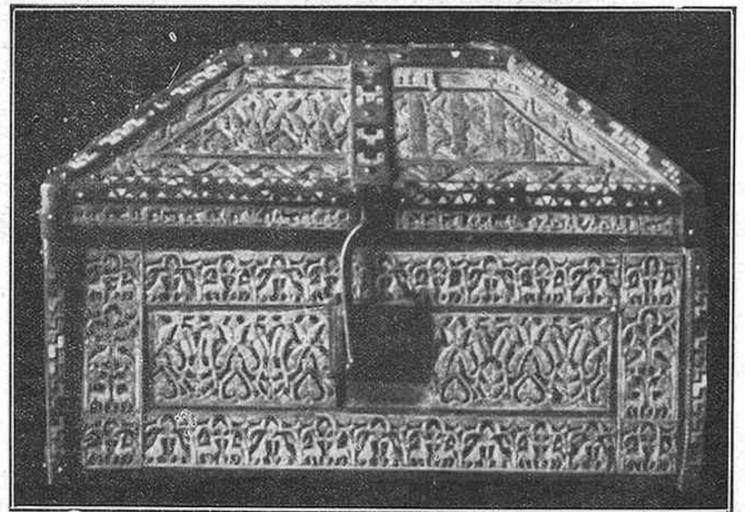
Barcelona.—Sesión inaugural de la Asamblea Americanista. La mesa presidencial
(De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Jefe del partido nacional zuriquense, formó parte del Gran Consejo, que presidió cinco veces, y en 1875 entró en el Consejo Nacional, cuya presidencia ocupó en 1893.

en esta ciudad y cuya inauguración se hizo coincidir con el aniversario de la promulgación del Real decreto de 16 de diciembre de 1836 reanudando las relaciones de amistad entre España y América. Eminentes personalidades americanas, ilustres americanistas españoles, Cámaras de Comercio, Sociedades Económicas, corporaciones oficiales, asociaciones particulares, en número extraordinario, han tomado parte en esta Asamblea, aportando á ella su ilustración los unos, sus conocimientos prácticos los otros y todos su fervoroso entusiasmo y sus más vivos sentimientos de mutuo y fraternal afecto.

Los temas que en la Asamblea se han tratado han versado sobre cuestiones tan interesantes como los medios para fomentar la intimidad ibero americana, el estudio de la emigración, la facilitación de los viajes rápidos y económicos, la unificación postal de España y América y el acrecentamiento de la importación en España de productos americanos. Sobre todos ellos se han leído notabilísimos trabajos y pronunciado elocuentes discursos.

La sesión inaugural efectuóse en el magnífico salón de actos de la Cámara de Comercio y fué presidida por el presidente de ésta Sr. Maristany, quien tenía á sus lados al general Weyler, al Sr. Bosch y Barrau, delegado del mi-



Arqueta por la que se ofrecían 250 000 pesetas al Cabildo catedral de Palencia y que éste ha regalado al Estado. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

nistro de Estado, al expresidente de la República de Chile Sr. Figueroa, al gobernador civil Sr. Portela, en representación del gobierno, al alcalde señor marqués de Mariano y al general Reyes, expresidente de la República de Colombia.

El éxito de la Asamblea ha superado todas las esperanzas. Por ello felicitamos calurosamente á su iniciadora la Casa de América y muy en particular á sus presidente y secretario, Sres. Viñas y Muxí y Vehils.

LA ARQUETA DEL

CABILDO CATEDRAL DE PALENCIA

Merced á las gestiones del gobierno, secundado por el exministro Sr. Osma, el Cabildo catedral de Palencia acordó hacer donación al Estado de la preciosa arqueta del siglo XI por la cual se le habían ofrecido hasta 250.000 pesetas.

Los comisionados del citado cabildo han hecho entrega de tan valiosa joya á S. M. el rey, quien la ha destinado al Museo Arqueológico.

El acto de la entrega definitiva se efectuó en el domicilio del Presidente del Consejo, habiendo firmado el acta el Sr. Canalejas, el Inspector de Archivos y Museos, el director del Museo Arqueológico, los comisionados del cabildo y el Sr. Osma.

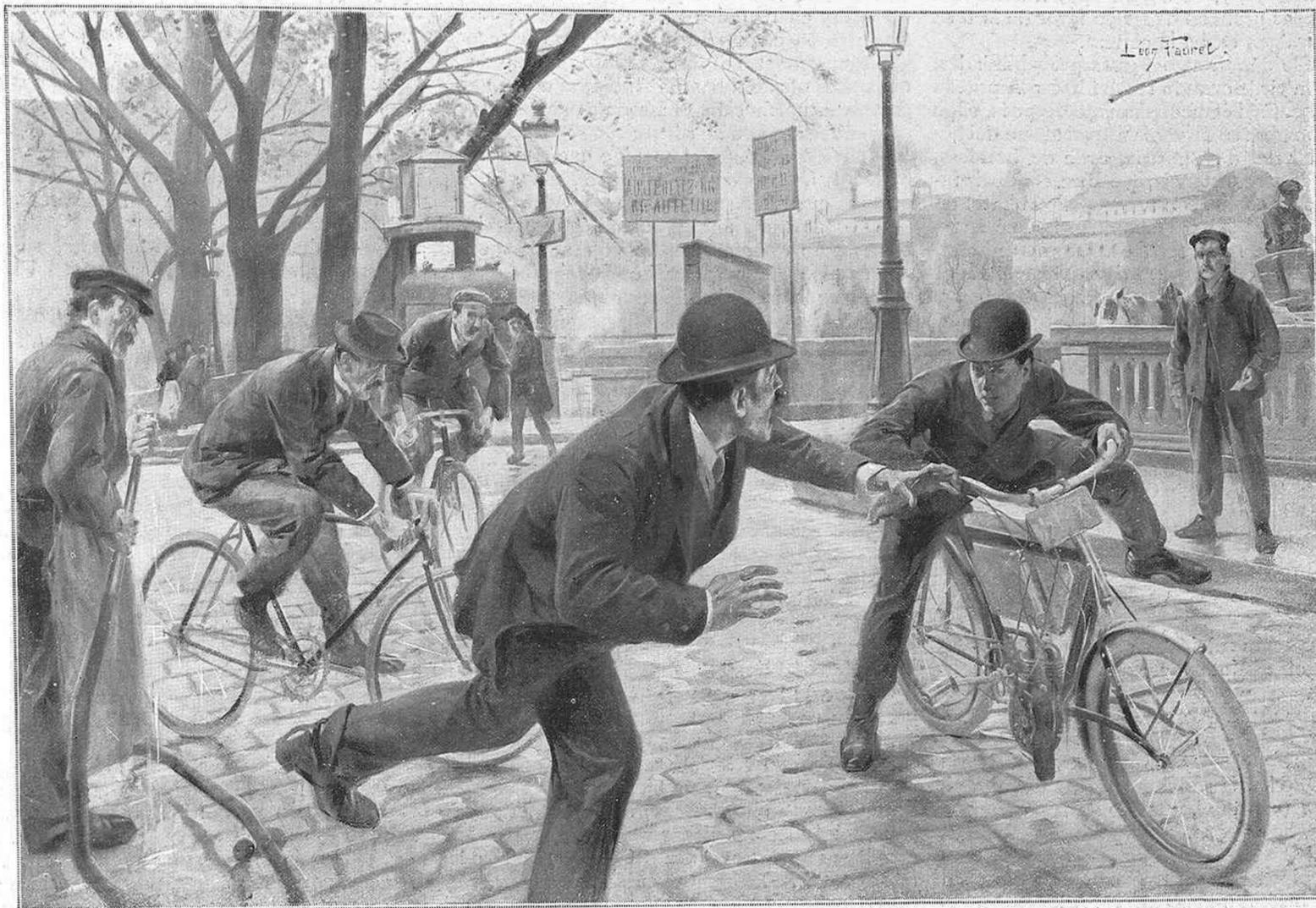
EL ENIGMA DE LA CALLE DE CASSINI

NOVELA ORIGINAL DE GEORGES DOMBRE. — ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET. (CONCLUSIÓN)

—Le escucho á usted, dijo el subjefe apaciguado. Miguel sacó del bolsillo una cartera, la abrió y enseñó una fotografía.

Y, á un movimiento del subjefe, añadió: —Excepto, naturalmente, Geo del Parno, la Pome y Mouchette, á quienes usted hacía espiar.

modestos trajes que podían hacerlos pasar por aprendices de algún oficio ó por empleados de comercio, y puse en campaña á las mujeres. El caso es que no



Un individuo se precipitó para cerrarle el paso, y dos ciclistas echaron á correr tras él

—Aquí tiene usted, dijo, el cómplice de Mechero Auer.

El subjefe tuvo un ligero estremecimiento que reprimió en seguida. Examinó la imagen fijada en un papel delgado, vió un rostro pálido, con ojos fríos y resueltos y la barba gruesa y saliente.

—Esta cara, dijo Miguel, se parece á la de Molyneux.

—Es verdad. Las facciones son menos regulares, un poco más vulgares y de más edad.

—Este parecido permite explicar por qué las declaraciones de Rosalía Rouaix y de Nenesse parecen referirse al mismo personaje.

—También es verdad: suprime una contradicción. Pero no prueba nada, *a priori*, ni contra el Sr. Molyneux ni contra este desconocido.

—Este desconocido es un pariente de Molyneux, que en manera alguna oculta su identidad.

—No veo motivos para mezclar un pariente de Molyneux en el asunto de la calle de Cassini, sobre todo si Molyneux no estuvo mezclado en él.

—¡Molyneux estuvo mezclado!

El subjefe se hallaba más sorprendido de lo que parecía. Había en el descubrimiento de aquel nuevo personaje algo de imprevisto que excitaba su instinto profesional. Mas desconfiaba de la imaginación del físico. Y, cuando éste iba á explicarle la clave del enigma, exclamó:

—¡Aguarde! Prefiero proceder por orden. Dígame, englobo, cómo ha conducido usted su investigación.

—Como la hubiera conducido usted mismo, si no hubiese dado por perdida la partida. He hecho «envolver» á Molyneux, le he hecho seguir los pasos.

El detective no ocultó esta vez su asombro.

—¿Ha hecho usted seguir *todos* sus pasos?

—No ha sido siempre posible. Pero se le ha vigilado noche y día.

—¿Por usted y sus amigos? ¿O por una agencia?

—No, por los amigos de Nenesse.

—¡Ah, no está mal!, aprobó el subjefe.

—Observe usted de paso que el mero hecho de que Geo y Mouchette me hayan facilitado la cooperación de la partida del Maine, prueba que tienen la seguridad de que existe un cómplice y de que ese cómplice es un desconocido. Esto da á la declaración de Nenesse un valor de primer orden. Debo manifestar á usted que el segundo Molyneux se llama Claudio y que, por lo mismo, sus iniciales corresponden con las del estuche de lentes.

Estas palabras causaron una impresión de sorpresa y al mismo tiempo de disgusto en el detective.

—Durante algunos días, continuó el físico, mis espías no observaron nada de anormal. Carlos Molyneux frecuentaba la sociedad, como hombre que lleva una vida *confortable* y no tiene nada que reprocharse ni que temer. Cuando se encontró con el otro Molyneux, esta pequeña circunstancia pareció la cosa más correcta y natural. Sin embargo, ocurrió algo aparte, es decir aparte del París mundano. Uno de los Molyneux se apeó, en la estación del Este, de un tren omnibus, que así podía venir de lejos como de las inmediaciones de París. Llevaba traje de viaje con guardapolvo. Los dos *gentlemen* cambiaron algunas frases, y se trasladaron luego en fiacre al hotel Bernin, en Batignolles. Mis hombres les habían seguido la pista. Ocho ó diez minutos después, Carlos Molyneux salió del hotel, en que se quedó el otro. La situación no dejaba de ser difícil. Los apaches, asombrados del parecido de los dos Molyneux, pensaron que convenía vigilarlos á los dos. Por lo que pudiera ocurrir, dejaron en las inmediaciones del hotel al joven Varinaud, alias Acordeón, y enviaron en seguida un mensajero á Geo, que me notificó lo que ocurría. El recién llegado pareció al principio muy receloso. Durante sus primeras salidas, tomó precauciones para ver si le seguían. Yo había previsto algunas dificultades suplementarias y elegí los más jóvenes y de mejor aspecto de la banda, les hice vestir

adivinó nada; su desconfianza disminuyó bastante pronto, en razón, creo yo, de su género de vida. Revelóse aficionado á los establecimientos tarifados y á los sitios tumultuosos. Esto permitió hacerle observar una noche por Mouchette, desde un palco de los llamados *bañeras*, que una celosía oculta á la vista del público.

—Enteráronme, en efecto, de que Mouchette había ido á la Olympia, murmuró el subjefe.

—Temiendo la auto-sugestión, no la había prevenido que quizá encontraría allí al misterioso cómplice de Nenesse, que ella había visto tres ó cuatro veces, y me limité á hacerle designar al individuo, so pretexto de que tendría que ver con él.

—¿Y le reconoció?

—No le reconoció. Confieso que mi decepción fué grande.

—¡Lo creol Perdía usted una nueva partida.

—Como usted dice. Entonces me procuré la fotografía del hombre, haciendo sacar una instantánea á su paso y obteniendo así un retrato excelente.

—¿Esperaba usted que Mouchette le reconociera mejor en fotografía que en persona?

—Lo esperaba. Era la carta principal de mi juego.

—¡Ah!

—Porque podía hacer pintar la fotografía, prosiguió el físico, al paso que no podía hacer pintar al hombre.

El subjefe dió un puñetazo sobre su bufete.

—Es posible, dijo, que sea usted quimérico, pero lo que es la vocación, no le falta.

—Hice pintar la fotografía conforme á las indicaciones de Nenesse y confirmadas por Mouchette, con más abundancia de detalles, y la presenté luego á la muchacha.

El subjefe abrió extraordinariamente los ojos; su atención era tal que cesó de respirar.

—Se la presenté entre otras fotografías, pintadas de la misma manera, igual color de cabellos, patillas,

bigote y cutis, y sin haberla prevenido de mi objeto, é instantáneamente reconoció al cómplice de Nenesse.

—¿Instantáneamente?, exclamó Gourdon.

—Sin vacilación ninguna.

Una pausa. El sujeto fumaba rápidamente, furiosamente. Por último, dijo casi á media voz:

—¿Se puede reanudar la investigación! Me parece evidente que si Nenesse reconoce también el retrato, la instrucción tomará un nuevo sesgo. ¡De todos modos, yo arriesgo la partida, pues me interesa!

—Entonces, si usted persiste hasta el fin, tenemos grandes probabilidades de ganarla.

—Ganarla, no sé. Falta saber cómo se habrá organizado la defensa, y, en fin, subsiste todavía una duda, aunque las probabilidades en favor de la tesis de usted equivalgan casi á la certeza.

—Aun puedo añadir algo á estas probabilidades. Fué ayer por la tarde cuando resolví hacer la prueba con Mouchette. Casi inmediatamente después, supe que nuestro hombre se disponía á trasladarse del hotel Bernin al hotel de Bulgaria, calle de Londres. Tentado por la circunstancia, me hice conducir inmediatamente en coche, con una maleta, al hotel de Bulgaria. La casualidad me favoreció. Llegué antes de que mi Molyneux se instalase en su nuevo hotel, y resultó que mi cuarto era contiguo al suyo. Le oí llegar, y, cosa que no me hubiera atrevido á esperar, recibió la visita del otro. Tuvieron una conversación bastante larga, en inglés; yo hablo mal este idioma, pero le entiendo bastante bien. Los dos hombres hablaban á media voz; durante mucho tiempo no pude oír más que vagas palabras. Pero llegó un momento en que Carlos Molyneux levantó la voz, no mucho, pero lo bastante para que yo oyese: «Encontrará usted en Londres ó en Viena, dijo, todos los placeres que encuentra en París y volverá dentro de unas cuantas semanas, cuando el fuego se haya apagado del todo.

»—Detesto Londres, contestó el otro con impaciencia, y no hablo alemán. Además, el fuego ya está apagado.»

—La conversación volvió á ser susurrante. Sin embargo, volví á oír distintamente una frase característica:

«—¿Bien sabe usted que poseo el arte de desfigurarme.»

—Poco después, Carlos Molyneux salió. Hasta entonces, yo sólo había supuesto que era él, pues no conocía su voz, pero le vi, á través de las cortinillas de mi ventana, bajar por la acera y llamar por señas á un cochero de taxímetro. Las palabras que sorprendí no serían evidentemente muy características, sin el conjunto de hechos que las aclara. A la luz de esos hechos, les atribuyo una importancia profunda.

El detective inclinó la cabeza; estaba convencido. Aun subsistía en él un resto de disgusto contra aquel sorprendente aficionado. Pero, por otra parte, sentía el atractivo de un asunto que le cautivaba. Pensaba también que Miguel había desplegado todas sus fuerzas intelectuales en busca de los culpables, cuando él lo había hecho con un celo mediocre, distraído por otras tareas.

—Habrà que hacer retirar á los «agentes» de usted, dijo con una sonrisa. Inmediatamente voy á hacer cercar á los dos Molyneux.

Antes de retirarse, Miguel preguntó con inquietud:

—¿Aun no se ha encontrado ningún testamento?

—¡No!, dijo el detective, dirigiendo una aguda mirada al físico.

Miguel regresaba algo febril. Le parecía, esta vez, que el enigma *material* del crimen iba á ser resuelto. Pero faltaba el enigma *moral*, la razón que había podido determinar á los Molyneux á una acción que les amenazaba con las peores consecuencias. Quedaba también la obscuridad que envolvía los últimos actos y las últimas intenciones de la señora Lussac. ¿Qué había sido del testamento? ¿Los Molyneux se habían apoderado de él? Entonces, debía haber sido destruido, y la misteriosa esperanza que había agitado á Miguel se desvanecía.

El jefe obró con diligencia y valor. Tuvo que luchar contra la prevención del Sr. Louvart, á quien indignaba aquella nueva imputación contra un Molyneux, y que al principio, no quiso oír nada; tenía su idea preconcebida y para él, el segundo Molyneux debía ser, como el primero, un perfecto *gentleman*. Sin embargo, fué poco á poco dominado por tres hechos capitales:

1.º El parecido de los dos Molyneux; 2.º El ardor de los malandrines, amigos de Nenesse, en buscar al cómplice de éste; 3.º El reconocimiento por Mouchette de la fotografía pintada.

Hizo una primera concesión ordenando la traída

de Mechero Auer para intentar una contra comprobación del tercer hecho.

—Blairot, le dijo, enseñándole una de las fotografías pintadas que más se parecían á la del segundo; ¿esto no le recuerda nada?

Nenesse echó una mirada á la imagen, y una ligera chispa brilló en sus pupilas indolentes.

—Al contrario, señor juez, esto me recuerda al que me propuso el robo. Se le parece en los cabellos, en la barba, en el bigote y un poco en el color de la piel.

A Louvart no dejó de impresionarle esta contestación. Enseñó sucesivamente otras tres fotografías, que Nenesse miró con indiferencia, y por último el retrato no pintado del segundo Molyneux. Nenesse dudó, dándole vueltas y más vueltas á la fotografía.

—Hay como quien diría un parecido, declaró al fin, pero en cuanto á reconocerlo, no le reconozco.

El juez, mostró al fin el retrato pintado de Molyneux. Los ojos del bandido brillaron como los de un gato; la estupefacción, el furor, una alegría vengativa se manifestaron en su rostro:

—¡Es él!, gritó, ¡es el cochino que me metió en el fregado! ¿Le han cogido, entonces, señor juez? ¡Ah, quisiera comerme sus hígados!

Su acento tenía una espontaneidad impresionable. Nenesse Auer parecía una fiera que se abalanza sobre un enemigo y Louvart aunque poco psicólogo, reconoció que la actitud del acusado no ocultaba ninguna argucia.

—¿Entonces usted le reconoce?, insistió.

—Póngame usted en su presencia y verá si le reconozco, clamó Nenesse, con una especie de frenesí.

—¡Está bien!, dijo Louvart de mal humor.

Medio convencido, pero disgustado de estarlo, mandó que retiraran á Mechero Auer. Sin embargo, no vaciló en cumplir con su deber y lo hizo con diligencia, citando á Molyneux para el día siguiente por la mañana.

Unas dos horas después de la entrega de la citación judicial, un hombre de alta estatura, de constitución robusta y de porte correcto con un asomo de «britanismo» en los ademanes y en el traje, salió pausadamente del hotel de Bulgaria. Bajó despacio por las calles de Londres y de Amsterdam, compró cigarrillos en un estanco y tomó un taxi-auto que pasaba vacío:

—¡Al café de París!, dijo en alta voz al cochero.

En el café de París, se hizo servir una comida delicada. Comió sin apresuramiento, y otra vez en la calle, miró al cielo. Raras nubes vagaban entre las estrellas; una ligera brisa del Sur acariciaba lentamente á París. El hombre subió á otro *taxi* y gritó:

—¡Cochero, al Bosque!

El cochero parecía refunfuñar.

—Habrà buena propina. Además, es ida y vuelta.

El cochero se tranquilizó. En el camino, el *gentleman* fumó dos cigarros y pareció sumido en una profunda meditación. Bajó delante del café de Madrid, donde tomó un bock fresco, y luego volvió á subir al coche, pero una vez cerca del lago, mandó parar.

—Vaya usted á esperarme delante del pabellón de Armenonville, dijo; voy á andar un poco.

Y como el cochero le mirase con desconfianza, el *gentleman* tuvo una sonrisa llena de desenvoltura.

—Teme usted un esquinazo. Aquí tiene usted arras.

Dió al auriga medio luis, bajó del coche, encendió un tercer cigarro y partió á paso regular. Durante un buen rato siguió el paseo, luego se detuvo, echó una mirada de aficionado al follaje, reanudó su marcha y se perdió en un sendero. Al cabo de cinco minutos, volvióse bruscamente, miró en torno suyo y aguzó el oído. Se hallaba casi en las tinieblas. Cuando volvió á ponerse en marcha, aceleró el paso internándose en el bosque y deteniéndose á intervalos para espiar y escuchar. Finalmente, después de una hora de marcha, desembocó á orillas del Sena. Y se dirigía hacia el puente de Suresnes, cuando una silueta surgió ante él, seguida inmediatamente de otras dos. El *gentleman* metió mano en un bolsillo interior, con la intención evidente de sacar un arma; pero antes de que hubiese terminado su gesto, tres revólveres brillaron en la penumbra.

—No queremos hacerle á usted ningún daño, caballero, dijo una voz imperceptiblemente burlesca. Al contrario, estamos dispuestos á defenderle contra toda agresión; tenemos encargo de velar por usted.

—Son ustedes unos pícaros ó unos guasones, dijo el *gentleman*, quien, después de un movimiento de cólera, pareció de pronto muy tranquilo. Si son ustedes unos pícaros, como me encuentro solo contra tres, estoy dispuesto á entregarles mi bolsillo y mi reloj.

—No somos ladrones, replicó cortésmente el que ya había hablado.

—Entonces, son ustedes unos guasones.

—Somos agentes de la fuerza pública. Y reconocerá usted que hemos respetado su paseo todo el tiempo posible.

El *gentleman* dirigió una fría mirada á su interlocutor. Un rayo de luz eléctrica destacaba una silueta robusta y un rostro encarnado y rollizo.

—Entonces, me toman ustedes por otro.

—Le tomo á usted por el Sr. Molyneux, súbdito americano, domiciliado en el hotel de Bulgaria.

—Soy yo, convino sarcásticamente el americano. ¿Y por qué me sigue usted?

—Le acompaño por orden superior.

—Me lo figuraba, dijo Molyneux riendo. Empiezo á comprender. Es verdaderamente ridículo; no felicito á la justicia del país. Pero eso no reza con usted; usted ha desempeñado su cometido con habilidad.

El *gentleman* volvió grupas, siguiendo esta vez los paseos. Iba despacio, como un paseante que sabe apreciar la suavidad de una noche encantada por el alma de las flores y de las tiernas hojas.

Compareció al día siguiente ante el Sr. Louvart, flemático y muy correcto. Dijo su nombre y apellido con una precisión mordaz.

—Eduardo Claudio Molyneux, oriundo de Nueva Orleans, ciudadano de los Estados Unidos de América.

Causó al juez la misma impresión que le había producido Carlos Molyneux. Tenía diez ó doce años más que éste, y era de cutis más encarnado y algo barroso. Pero sus facciones revelaban un estrecho parentesco. Claudio parecía más agresivo que Carlos.

—¿Sin duda es usted pariente de D. Carlos Molyneux?, preguntó el Sr. Louvart.

—Soy su tío, replicó con desdén el americano.

—Muy bien. Le he citado á usted á fin de obtener, si es posible, algunas aclaraciones...

—... Sobre el crimen de la calle de Cassini; lo pensé al recibir su citación. Porque ya sé que citó á mi sobrino por la misma causa. Pero, en su caso, podía haber un motivo. Por lo que á mí toca, no hay ninguno. Lo que yo pudiera decir á usted, se lo podría decir él mejor que yo.

—La justicia, replicó Louvart adoptando su aire hurafino, debe rodearse de todas las garantías posibles.

—Muy bien, dijo Claudio en tono glacial. Pero, ante todo, ¿estoy aquí como acusado ó como testigo?

—¿Como testigo! De lo contrario, no hubiera venido tan libremente, y le acompañaría su defensor.

—Le pregunto esto, repuso el americano con una semisonrisa sarcástica, porque me hicieron el honor de seguirme, ayer, durante un paseo que yo daba por el bosque de Bolonia... Me consideraba, pues, como un testigo sospechoso, y le estimaré se sirva proceder en seguida, si es posible, á las preguntas directas.

Este paso á la ofensiva recordaba tanto una salida análoga de Carlos Molyneux que el juez no dejó de estar inquieto. Se preguntó si éste no iba á demoler, como el otro, toda la acusación con una impecable coartada. En tal caso, él, Louvart, parecería haber cometido una gran torpeza, casi ridícula después de la citación del primer Molyneux. Sin embargo, se tranquilizó un poco á la idea de que el actual *gentleman* había tenido, en el bosque de Bolonia, todas las trazas de un fugitivo.

—¡Está bien!, murmuró con sequedad. Iremos directamente á la cuestión. Es sin duda inútil preguntar á usted cuál era el estado de sus relaciones con la señora Lussac.

—¡Estado indiferente!, replicó Molyneux. No había entre nosotros ni simpatía ni antipatía.

—¿La había usted visto recientemente?

—Muy recientemente, no. Hace algunas semanas.

—¿No sin motivo?

—¡Es natural! ¡Pero ese motivo no puede interesar á la justicia, sobre todo si es al testigo á quien interroga usted!

—No insisto... ¿Conoce usted á un tal Ernesto Blairot, alias Nenesse, Mechero Auer?

—¡Extraño apodo!, exclamó el americano asombrado.

—Entonces ¿no le conoce usted?

—¡Si no me hiciera la pregunta un magistrado, creería que se trata de una mistificación!

Parecía tan tranquilo, tan seguro que, por segunda vez, Louvart se sintió turbado.

—Claro está que si no le conoce usted, asintió el juez, la pregunta debe parecerle singular. Pero es que él asegura conocer, ó más bien reconocer á usted.

Molyneux abrió grandemente los ojos, y su boca se crispó sardónicamente:

—¡Singular empeño!, dijo. ¿Dónde ha podido reconocerme ese Mechero Auer?

—En su retrato, contestó Louvart adoptando un aire misterioso y amenazador.

—¡Es cada vez más extraño!, exclamó Claudio Molyneux. ¿Cómo ha podido hacer ese Mechero Auer para poseer mi fotografía?

—No es él quien la posee, replicó el juez.

—¿Entonces una tercera persona? ¿O usted mismo? El americano se golpeó la frente:

—¡Ya caigo! Ese Mechero Auer ¿no es el hombre que fué preso por el crimen de la calle de Cassini? Ahora recuerdo haber leído un nombre por el estilo. ¿Entonces ha reconocido mi fotografía en la cárcel? ¡Ya!, la policía habrá sacado una instantánea de mi persona, y, por más que usted diga, señor juez, me han hecho comparecer como acusado.

Molyneux se había animado y hasta mostraba señales de fiebre, pero aquella fiebre no revelaba más que indignación y desprecio. Nuevamente, Louvart observó la semejanza general de su actitud con la del primer americano. De todo lo cual no auguraba nada bueno para la acusación. Sin embargo, contestó con ruda firmeza:

—No, no está usted aquí como acusado. Sea cual fuere mi opinión, le interrogo á usted como testigo.

—¿Un testigo á quien se ha acusado?

—¡Pero á quien yo no acuso..., ó todavía no, como usted quiera!

—¡Sea!, dijo desdenosamente el americano. Con que ese Mechero Auer reconoce mi fotografía. ¿Pero qué significa ese reconocimiento? Después de todo, es quizá un individuo que me abrió la portezuela de un fiacre á la entrada ó á la salida de algún teatro.

Louvart sacó de un legajo una cartulina y la presentó al testigo. Este hizo un movimiento brusco:

—¿Es eso lo que reconoció?

—Sí, contestó Louvart que le observaba atento.

—Soy yo, sin duda..., pero desfigurado.

—Pintado, repuso fríamente el juez.

Molyneux daba vueltas á la fotografía:

—Yo me pregunto qué significa todo eso, refunfunó al fin. Si me han embadurnado la cara, habrá sido para algo.

—Pues se le ha pintado así según las indicaciones de Blairot, quien, en esta imagen, reconoce á su cómplice y, lo que es más, su instigador.

Molyneux soltó una carcajada estridente.

—De modo, dijo sarcásticamente, que si no puedo justificar el empleo de mi tiempo la noche del crimen, pasaré definitivamente de la categoría de testigo sospechoso á la de acusado. No sé quién le ha armado á usted ese lío, señor juez, pero el que lo ha hecho, ha cometido una enorme imbecilidad. Diez personas honorables atestiguarán, que pasaron conmigo aquella velada, y, entre ellas, le citaré al presidente del círculo Richelieu, el conde Amaury de Verandes.

Esta declaración cayó como una ducha sobre el juez. En realidad, no tenía ya ninguna pregunta plausible que dirigir al testigo; tenía que elegir entre retener á Claudio Molyneux ó dejarlo en libertad hasta que se hubiese probado la coartada. Lo primero le repugnaba. Tenía casi la certeza de que también esta vez el subjefe se había dejado engañar por el físico y que él mismo había hecho un papel poco lucido. Tuvo un arrebató de cólera que le hizo precipitar su decisión, y dijo:

—¡Sírvase usted firmar su declaración!

El *gentleman* trazó una firma clara y se retiró diciendo, con una ironía glacial:

—¡Inútil es decir que estoy á disposición de la justicia!

Retiróse con la frente erguida, bajó la escalinata del Palacio de Justicia, se dirigió hacia el Chatelet y dobló por el muelle de la Cité. Después que hubo andado trescientos ó cuatrocientos pasos, detúvose bruscamente. Había allí un hombre con una motocicleta. Molyneux murmuró dos palabras, presentó una tarjeta que llevaba preparada, saltó sobre la motocicleta y partió á gran velocidad. Un individuo se precipitó para cerrarle el paso, y dos ciclistas echaron á correr tras él. Pero Molyneux evitó al uno y escapó á los otros.

—¡Cogerlo, es un ladrón!, gritaba el primero.

—¡Un asesino!, clamaba uno de los ciclistas.

Por el muelle circulaban pocos carruajes; el americano tomó rápidamente una gran delantera y después de una corta persecución, los ciclistas regresaron burlados. La motocicleta había desaparecido.

Un cuarto de hora después, el subjefe comparecía ante el juez de instrucción. Louvart volvió hacia él su rostro agrio y despreciativo.

—¿De dónde viene usted? Yo creía que esperaba usted ahí al lado el final del interrogatorio.

—Esperaba, en efecto, pero, al ver salir á ese señor Molyneux, me asaltaron no sé qué temores y bajé á decir una palabra á mis hombres.

—Me temo que haya sido inútil, articuló acriminosamente el magistrado. Decididamente ha tenido usted poco acierto con ese insoportable profesor.

—Usted dispense, pero yo venía á decirle que Claudio Molyneux ha burlado la vigilancia de mis hombres.

—¿Cómo?, ¿quiere usted decir que ha huído?

—Sí, señor; una motocicleta le esperaba en el muelle de las Flores, guardada por un hombre enviado por una tercera persona, pues Molyneux no le conocía.

—¿Está usted seguro?

—El hombre que guardaba la motocicleta nos ha puesto en antecedentes. Es empleado de la casa Villard y Bonin. Esta mañana, un desconocido compró al contado una motocicleta y fué á probarla con dicho empleado, á quien envió luego al muelle de la Cité con instrucciones precisas. En suma, ha bastado que Molyneux le dijese una palabra entregándole su tarjeta para tomar posesión de la máquina. ¡Ha huído, dejando á mis agentes y á mí mismo con un palmo de narices! Sin embargo, yo había previsto una inteligencia entre los dos Molyneux, por teléfono, y el golpe del vehículo, pero ha habido confusión entre mis agentes.

Louvart escuchaba malhumorado. No estaba absolutamente convencido, y dijo:

—Quizá ha querido simplemente burlarse de nosotros, pues el personaje es sarcástico. ¡Creeré en su huída si la coartada resulta falsa, si no, no!

—Seguramente, si tiene una coartada equivalente á la del otro...

—Afirma haber pasado la velada con el presidente del círculo Richelieu, el conde Amaury de Verandes.

—¡Siendo así, es evidente que el sistema del profesor caería hecho trizas, y, esta vez, sin remisión.

Después del almuerzo, Miguel tomaba su taza de café. Era su hora de meditación y de reposo. El café le producía una excitación optimista; pero, desde la muerte de la señora Lussac, hasta aquellos minutos de fina intimidad estaban llenos de turbación. En aquel día de mayo, contemplaba melancólicamente á sus sobrinos, cuyos rostros mostraban una fatiga y una palidez extremas. Luciana le inquietaba más que Enrique. Estaba seguro de que éste curaría más pronto; la misma fatalidad de la catástrofe contribuiría á ello. Además, su amor no era antiguo y no había recibido la sanción de ninguna palabra. Enrique ignoraba si la señora Lussac tenía ó hubiera tenido por él una ternura distinta de la amistosa, y el amor no correspondido no es más que un semiamor. En cambio Luciana sabía era adorada, tenía fe en la constancia de Gauchery, y le amaba enérgicamente. Miguel, que lo sabía, y quería también á Jorge, compadecía de veras á su sobrina. Pero ¿qué hacer? Era imposible unir aquellas dos pobrezas. Así es que él se mantenía firme en su resolución. Era necesario que Jorge partiese; sin embargo, lejos de activar la partida, la retrasaba, como si esperase algún vago acontecimiento, algún azar propicio.

Cuando hubo tomado su taza de café, cayó en una meditación de la cual no salía sino para dirigir una mirada al pálido rostro de Luciana. De pronto su fisonomía se animó y brillaron sus pupilas:

—¡Eureka!, murmuró.

Peró meneó la cabeza, y añadió por lo bajo:

—Sí, eureka, si todo lo demás ha sido lógico.

No tenía noticias de la Seguridad, y esto le inquietaba. El subjefe le había prometido un telegrama tan pronto como hubiese terminado el interrogatorio del segundo Molyneux. Y aunque, esta vez, las coincidencias se hubiesen multiplicado al extremo de conducir á una casi certeza, Prouvaire desconfiaba á causa del primer fracaso.

—¡Son cerca de las dos!, murmuró.

Sonó el timbre de la entrada. Miguel aguzó el oído, y sufrió una decepción al ver entrar á Jorge Gauchery, que parecía nervioso y abatido.

—Usted dispense, dijo con voz apagada; sé que usted no me esperaba.

—No, y supongo que no vienes sin motivo.

—¡Un motivo! ¡Para mí, no podía haber otro más imperioso: he recibido la orden de partir!

Luciana, presa de un temblor convulsivo, palideció aun más. Miguel se había estremecido, pero reprimió su emoción.

—Más vale así, muchacho; quizá hubiera convenido que partieses antes.

El llanto humedeció sus ojos. Luciana lloraba silenciosamente.

—¡No es justo!, recriminó Jorge con amargura. ¿Puede haber algo más legítimo que nuestros deseos?

—¿Puede haber algo más legítimo para un enfermo que desear la salud, y para un pobre que exigir

pan?, dijo Prouvaire. Y, sin embargo ¿impide eso que abunden los enfermos y los pobres?

Irresistiblemente, Jorge y Luciana se habían acercado uno á otro. Con un sollozo, él llevó á sus labios la pequeña mano temblorosa de la muchacha, que se estremeció toda ella. Miguel los contemplaba con el corazón oprimido.

Nadie oyó desde luego á la criada que anunció una visita. Maquinalmente, el sabio cogió una tarjeta y leyó el nombre impreso en ella.

—¡Gourdón!, exclamó. ¡Por fin!

Dos minutos después, estaba con el detective.

—¡Victoria!, exclamó éste. Tenemos la solución.

—¿Ese Molyneux ha confesado?

—¡Ese Molyneux ha huído!

—¿Sin haber sido interrogado?

—Después de un interrogatorio en que había intervenido, como el otro, una coartada en que se trataba de un testigo irrecusable. Pero, esta segunda coartada, comprobada por mí mismo, ha resultado falsa.

El rostro del subjefe expresaba una simpatía enérgica.

—¡Usted y solo usted ha conducido la causa! Lo ha hecho usted de una manera admirable y siento muchísimo el haberle abandonado un momento.

Miguel le tendió la mano, que el subjefe estrechó calurosamente, añadiendo:

—¡Si fuera usted un hombre de la profesión, no le vería más rival que yo en la prefectura!

—No, no, yo no tendría la perseverancia de usted.

Peró sus ojos brillaron de alegría. En realidad, había puesto muchísimo de amor propio y de orgullo en la lucha contra el Enigma. La derrota le hubiera sido amarga; y gozó tanto con su victoria como con un descubrimiento científico. Sin embargo, después de su primera alegría, apareció una sombra en su rostro.

—¿Tiene usted la pista del fugitivo?, preguntó.

—Aun no; la huída me cogió tanto más desprevenido cuanto yo había dado órdenes para que á Molyneux le impidiesen tomar ningún vehículo.

—¡Qué lástima! Su arresto hubiera simplificado quizá la segunda parte de mi tarea, pues tenía también un motivo personal para aclarar el asunto, es decir un motivo concerniente á mi familia.

—Arrestaremos al primer Molyneux.

—Es indispensable, pero no confesará nada mientras el otro esté en libertad. ¡No importa! Las probabilidades de éxito final han pasado de ciento á mil. ¿No tiene usted aún ninguna huella del testamento, ni se ha descubierto ningún documento revelador?

—No ha habido nuevas pesquisas. Pero las primeras se hicieron cuidadosamente.

—Creo, que no encontrarán nada en sus papeles. El único objeto de mi preocupación es que los miserables hayan quitado documentos importantes. Pero hay otro camino: la señora Lussac pudo poner sus papeles de más interés, como su testamento, en sitio seguro.

—¿Cómo saberlo? Hemos apelado á los notarios.

—No hay nada en las notarías. La señora Lussac debió buscar un escondrijo que nadie conociese más que ella. Según las declaraciones de Mrs. Alejandra Lane, entreví en la infortunada un estado de inquietud casi mórbido. Durante mucho tiempo pensé que había podido esconder los documentos en su propia casa. No diré que esto sea imposible, pero no lo creo. A mi ver, depositó los papeles en una de esas arcas de caudales que alquila, por ejemplo, el Crédito Lyonés. Y entonces nos encontramos en presencia de dos conjeturas: ó fué una tercera persona quien hizo el depósito ó fué ella misma. La tercera persona, á estas horas, hubiera hecho ya revelaciones, con seguridad. Deduzco, pues, que fué ella misma. Pero no bajo su nombre de viuda, sino bajo un nombre supuesto ó el suyo de soltera. Sea como fuere, todo tiende á hacerme creer que se hizo un depósito en el Crédito Lyonés y otro en la Sociedad General.

El subjefe ahora se dejaba arrastrar. Toda restricción mental había desaparecido.

—¿Por qué esos dos establecimientos y no otros?

—Tengo un indicio. Si este indicio no me engaña, no pueden ser más que esos dos bancos. Tengo, por añadidura, dos números, que creo deben ser números de combinaciones: en el Crédito Lyonés, el número 923. En la Sociedad General, el 347.

—¡Ah, es prodigioso!, exclamó el subjefe emocionado. ¿Cómo ha hecho usted ese descubrimiento?

—¿Me permitirá usted que no se lo diga ahora?

—¡Sea! Para probar á usted hasta qué punto tengo confianza en usted, voy á hacer pesquisas en el Crédito Lyonés y en la Sociedad General.

—Eso me halaga mucho, dijo Miguel emocionado y estrechando cordialmente la mano del detective.

Apenas había salido el subjefe cuando Miguel lla-

mó a Luciana y a Jorge. La muchacha no lloraba ya, pero la tristeza de su rostro era conmovedora. Gauthery estaba también triste, casi huraño.

—¿Cuándo es la partida?, preguntó el físico.

—Dentro de cinco días, contestó el joven.

—Cinco días son más que suficientes para decidir de la suerte de una familia.

Al día siguiente, Miguel leía en la *Patrie*, con satisfacción, que acababan de prender á un tal Carlos M..., como acusado de complicidad en el asesinato de la calle de Cassini. El periódico daba á comprender que aquel arresto se relacionaba con descubrimientos misteriosos que transformaban extraordinariamente la fisonomía de la causa.

«Lo más extraño de esa aventura, decía en conclusión el gacillero, es que el crimen parece comprender dos episodios distintos: el asesinato fué cometido, al parecer, por un pariente de Carlos M..., mientras que el robo lo fué por Ernesto Blairot, Mechero Auer. Que el cómplice del asesino, Blairot ignoró el homicidio. No cabe asunto más fantástico.»

Apenas acababa de leer aquel suelto cuando le trajeron un telegrama del subjefe:

«*Exito completo. Hemos encontrado los documentos previstos. Si puede, venga usted á verme á las cuatro.*»

—¡Llegamos al desenlace!, dijo Prouvaire.

Su corazón palpitaba á golpes precipitados. Tenía derecho á creer que sus previsiones iban á realizarse, pero se inclinaba á la duda con toda su energía.

A las cuatro, entraba en el despacho del subjefe.

—¡Victoria!, exclamó el detective. Tenemos diversos documentos dirigidos á un Sr. Rocher, calle de Tournón, número 88, y uno de esos documentos es un testamento, según reza una indicación puesta en el sobre.

—Naturalmente, usted ignora lo que el testamento contiene.

—Lo ignoro. Está bajo sobre cerrado.

Tosió un poco mirando á Miguel maliciosamente.

—¿En suma, no es muy extraño que haya usted previsto ese testamento oculto?

—Sí, es extraño; pero lo esperaba, por las notas que recorrí la noche del crimen y que usted pudo recorrer también. Eso se relaciona con una historia antigua. El padre de la señora Lussac fué conocido del padre de mis sobrinos. Entregáronse juntos á importantes empresas. Es todo lo que puedo decir á usted. Añadiré, sin embargo, que esto explica en parte el ardor que he puesto en estudiar este asunto.

—¿Qué romántica es la vida!, dijo el detective. ¿Y las combinaciones de las arcas de caudales? Es quizá el enigma que más excita mi curiosidad.

—Si vacilé ayer en dar á usted la clave, es porque conservaba alguna duda y temía que si usted llegaba á compartirla conmigo, desplecase menos presteza en enterarse. El carnet de la señora Lussac contenía dos indicaciones jeroglíficas, que desde el primer momento habían llamado poderosamente mi atención. Aquí están: Cl. IX, II, III; Sg. III, IV, VII. Puedo decir que me han excitado diariamente desde que las anoté. Hasta ayer no relacioné la desaparición del testamento con la idea de que, demasiado recelosa para fiarse de nadie, la señora Lussac había podido depositar documentos en sitio para ella seguro, tal como un arca de una importante sociedad de crédito. Una nueva luz brilló... En Cl. y Sg., creí ver una abreviatura de Crédito Lyonés y de Sociedad General, abreviatura simplista, pero suficiente, porque la señora Lussac quería sobre todo recordar así á cuál de cada uno de los bancos correspondían las combinaciones indicadas por los números romanos.

—¡Intuición trascendental!, exclamó el subjefe.

EPÍLOGO

Miguel tomó la hoja de papel sellado que le tenía el Sr. Rocher, lo leyó rápidamente y palideció un poco.

—¿Supongo que usted sabe algo de lo que determinó este codicilo?, preguntó el Sr. Rocher.

—Lo sé, contestó el sabio.

—Si desea usted alguna explicación complementaria, estamos dispuestos á dársela.

—No hay más que un punto que excita mi curiosidad, aunque es un punto completamente accesorio...

—Creo adivinarlo. Le sorprende que nuestra amiga haya diferido el cumplimiento del acto á que se refiere el codicilo. Es que su padre se lo había recomendado expresamente. Su voluntad era condicional. No debía surtir efecto sino después de una investigación minuciosa y completa; aun para después de ésta, se había fijado un plazo. Si la señora Lussac

viviese, este plazo no expiraría hasta dentro de tres meses.

—¿Supongo que el Sr. Duquesne no quería, en ningún caso, añadir agua al río?, como vulgarmente se dice.

—¡Pues eso es, precisamente!, contestó la señora Rocher.

Después de un corto silencio, Miguel repuso:

—He recibido una carta de la señora Lane: llega mañana á París, con la niña.

—¡Que será nuestra hija!, murmuró la señora Rocher. La defenderemos como carne de nuestra carne.

—¡Estoy dispuesto á ayudar á ustedes con todas mis fuerzas! Además, por lo menos uno de los Molyneux, el asesino, irá á presidio.

—Y el otro, cómplice ó no, se halla desarmado, afirmó el Sr. Rocher. Tengo contra él armas poderosas... Lo que usted había presentado á propósito de ese hombre era conforme á la realidad. Aunque el diario dejado por la señora Lussac sea breve y presente algunas lagunas, es bastante claro sobre esto y le acompaña un documento irrecusable.

—Si la memoria de su amiga lo permite, yo desearía conocer lo esencial de ese drama: creo que mi curiosidad resulte justificada.

—Usted es el verdadero, el único vengador de Ivona, exclamó calurosamente la señora Rocher.

—Pondremos á su disposición todos los documentos útiles, repuso el marido, después de haber desglosado las notas confidenciales. Mientras tanto, procuraré dar á usted una idea de los acontecimientos...

«El segundo casamiento de Ivona, matrimonio de amor ciego, fué seguido, casi inmediatamente, de una desilusión profunda y el amor se desvaneció rápidamente. Después de la hipnosis del principio, descubrió en aquel hombre un alma de rapiña, fría, egoísta. Además, por indicios al principio confusos, pero aclarados luego, creyó adivinar que su marido era un hombre sin probidad.

»Desde entonces, ayudada por su intuición femenina, vislumbró algo de equívoco en el pasado de su marido. Lo que la ayudó en sus conjeturas, fué la amistad de Carlos Molyneux con su tío Claudio. Este, que apenas tenía diez años más que su sobrino, le fué antipático desde el primer momento. Los dos hombres se profesaban mutuamente un afecto que parecía sólido y duradero, con algunos de esos matices que existen entre personas que han luchado juntos, compartiendo pruebas y quizá peligros.

»Movida por la repulsión que el tío Claudio le inspiraba, Ivona desplegó alguna astucia en sus investigaciones. Su desconfianza aumentó de tal manera que, para separar, si era necesario, su destino del de ellos, creyóse con derecho á tenderles algunos lazos. Así llegó á sorprender una de sus conversaciones y adquirir la certeza de que debían haber cometido tiempo atrás uno ó varios delitos, entre ellos una falsificación de documentos, en perjuicio de unos banqueros llamados Rutherford y Williamson. Enteróse ella del asunto, y supo que hábiles falsarios habían estafado á dicha casa de banca, pocos años antes, una suma de sesenta mil dólares. Nadie había sospechado nunca de los Molyneux, pero había un conjunto de circunstancias que seguramente los hubiesen denunciado, si hubieran sido envueltos en una instrucción judicial.

»Sabíase, por ejemplo, que en aquella época estaban arruinados. Pero, viendo que no eran objeto de sospecha alguna, no habían sabido resistir á sus pasiones y habían empezado á llevar una vida dispendiosa. Esto ocurría después de un viaje, y, como decían haber hecho un negocio lucrativo, sus compatriotas, poco inclinados á asombrarse de los cambios de fortuna, no se preocuparon con ello.

»Pero Ivona sabía muy bien que no habían hecho ningún negocio lícito y por otra parte, la casualidad, con ayuda de algunas averiguaciones, proporcionó á la pobre mujer una prueba escrita de su culpabilidad. Podrá usted convencerse de ello cuando la examine con los demás documentos.

»Ivona resolvió entonces romper definitivamente los lazos que la unían á Carlos Molyneux. Hacía ya tiempo que existía entre ellos una ruptura íntima, favorecida por la maternidad de Ivona, ruptura que el americano soportaba fácilmente, pues Claudio y él llevaban una vida desenfrenada, y como Ivona dejaba gastar sus rentas sin contar, Carlos Molyneux se encontraba, al menos provisionalmente, satisfecho.

»Otra cosa era hacerle aceptar el divorcio que era para él la ruina. Después de una escena terrible, en que ella le declaró que conocía de su pasado lo bastante para perderlo, y en que dió á comprender que poseía contra él una prueba flagrante, Ivona huyó con su hija.

»Entonces Molyneux se decidió á proponer una transacción. Empezó por exigir doscientos mil fran-

cos, la destrucción de la prueba y el juramento de que su esposa no le denunciaría jamás.

»Ella no discutió la cuestión pecuniaria sino por la forma, pero negóse á entregar la prueba y á prometer un silencio absoluto. Quería ante todo ser dueña de su hija, no dejarle tener la menor relación con un padre criminal y creyó que lo conseguiría tanto más fácilmente cuantas más armas poseyese contra los Molyneux.

»Pronuncióse el divorcio; Ivona regresó á Europa y crió á su hija misteriosamente, tanto que nosotros ignoramos siempre su existencia.»

—¡Es lo que más me asombra!, dijo la señora Rocher, porque sabía muy bien que podía tener en nosotros una confianza absoluta.

—Le repugnaba sin duda confesar que la niña era hija de un estafador, hizo observar el marido. Sea como fuere, se vió secundada por la señora Lane, que había concebido por ella, como usted sabe, una abnegación fanática. Las notas de la pobre mujer sobre los primeros períodos que siguieron á su regreso son breves y bastante obscuras. Se vislumbra en ellas que la inquieta madre ocultaba á la niña á fin de poderla hacer pasar más fácilmente por muerta á los ojos de Molyneux, si era necesario.

»Encontró á su exmarido en un baile de la embaajada americana, y le vió después con Claudio en el teatro. En seguida sospechó alguna maquinación contra ella y su hija, y se decidió á que saliese la señora Lane para Inglaterra. La vida se le hizo desde entonces intolerable; su diario está lleno de notas inquietas, febriles. Se rodeó de precauciones; se imaginaba que la perseguían y quizá lo fué más de una vez.

»Sin embargo, durante cuatro ó cinco meses, los Molyneux no se dejaron ver. Esto acontecía en la época—detalle que tiene su importancia—en que los Sres. Devergne hicieron un viaje á Grecia y á Egipto. Al regreso de éstos, fué en su casa donde nuestra amiga volvió á ver á Carlos Molyneux y creyó observar que hacía la corte á la señorita Devergne.

»Durante dos generaciones, hubo cierta intimidad entre las familias Duquesne y Devergne. Aunque frecuentaba poco á esta última, Ivona le conservaba afecto y tenía sobre todo mucha simpatía por Elena Devergne, muchacha encantadora.

»El diario es bastante obscuro sobre la manera con que la señora Lussac se cercioró de que sus sospechas eran fundadas; supongo que interrogó á la madre ó á la hija, ó á las dos. Supo que Elena se dejaba prender en las redes del bribón, y sabía por otra parte que los Devergne no eran intratables en materia de dinero. Entonces comprendió por qué los Molyneux la habían dejado tranquila: el asunto que les había traído á Europa era un negocio más lucrativo. Para los que conocíamos bien á Ivona, la resolución que ésta tomó parece tan lógica como fatal. Se hubiera considerado criminalmente culpable si hubiese abandonado á Elena y á los Devergne á los Molyneux.

»Carlos Molyneux recibió el aviso de que ella se opondría por todos los medios posibles á sus proyectos; hubo dos ó tres entrevistas que debieron ser terribles. Lo cierto es que, en el momento de su muerte, Ivona iba á poner sus amenazas en ejecución, al mismo tiempo que hacía sus preparativos de marcha, para desaparecer durante algún tiempo con Mrs. Lane y su hija. Es lo que explica la remesa de fondos á dicha señora, y también todo el misterio de que nuestra infortunada amiga creyó deber rodear en aquella época algunos de sus actos.

»Aunque no esperaba ningún desenlace trágico, consideraba la situación bastante grave para tomar múltiples precauciones. El asesinato la sorprendió cuando aun no las había tomado más que á medias. En cuanto al drama, se explica claramente. Los Molyneux, á quienes ella había señalado un plazo, arriesgaron el todo por el todo. Podían hacerlo con tanta más seguridad cuanto que el documento que los acusa no es comprensible sino con ayuda de algunos comentarios; pudieron y debieron creer que esos comentarios no existían. Lo cual no impidió que el asesino buscara el documento.

—Se explica perfectamente la asociación con Nennesse, dijo Miguel. Para ellos importaba mucho que el crimen pasase por un crimen vulgar. Esto paraba en seco investigaciones temibles. Si algunas obscuridades quedan en esta abominable tragedia, son obscuridades de detalle. Por ejemplo, es posible, y hasta probable, que Claudio Molyneux presentaría desde luego un ultimátum. Hubo seguramente palabras groseras y la señora Lussac parece haber huído ó más probablemente haber querido retirarse, en vista de que Molyneux no quería salir. Lo cierto es que ella no gritó antes de recibir un golpe en la cabeza. No esperaba, pues, la muerte, sino tan sólo

alguna violencia. Esos puntos permanecerán sin duda insolubles; pero importan poco al conjunto del drama.

Los tres interlocutores se miraron un rato en silencio, melancólicamente. Luego, la señora Rocher dijo tendiendo la mano á Prouvaire:

—Sin usted, esos miserables hubieran realizado sus proyectos.

Después que los Rocher hubieron salido, Miguel examinó otra vez cuidadosamente la hoja de papel sellado que le había entregado el marido.

—Vamos, dijo con una tierna sonrisa; Duquesne, después de todo, no era un mal hombre.

Después de consultar su reloj, quedóse pensativo. Un timbre le sacó con sobresalto de su meditación y, al poco rato, apareció Jorge Gauchery.

—Diga usted á la señorita Luciana que venga, gritó el sabio á Mariquita.

Cuando los dos jóvenes se hallaron en su presencia, Miguel les envolvió en una larga mirada, en que había misterio y alegría. Ellos permanecían inmóvi-

les, sumidos en una tristeza resignada, pero profunda. Entonces él preguntó:

—¿Decididamente partes mañana, Jorge?

—Mañana, contestó el joven con voz temblorosa.

—¿Quién sabe si no es un bien!, dijo Prouvaire. Siempre admiré el viejo proverbio árabe que expresa noblemente nuestra ignorancia ante el enigma de las circunstancias. Estás seguro de partir pobre y desconsolado, y Luciana se imagina que mañana será muy desgraciada. Pues bien, apostaríá á que seríeis más dichosos que en este momento.

Volvieron hacia él sus rostros asombrados. Prouvaire continuó tranquilamente:

—Supongamos que antes de tu partida, en vez de oponerme á los esponsales, los apruebo. ¿Estaríais aún tristes? ¿No tendríais el valor de esperar algunos meses, aunque fuera un año?

Tuvieron un largo estremecimiento; el temor y la esperanza hacían palpar sus pechos. Y Luciana murmuró con voz oprimida:

—¡Oh, tío, no es posible que hables sin fundamento; eso sería demasiado cruel!

Miguel abrazó á la muchacha y le dijo:

—No, hija mía, no hablo sin fundamento. Hoy mismo, tu madre y yo aprobaremos vuestra promesa de matrimonio.

Jorge vaciló y palideciendo de alegría exclamó:

—¡Ah, por fin se apiadó usted de nosotros!

—Hijo mío, siempre os he compadecido. Demasiado sabéis que quien os condenaba era la vida misma. Pero su sentencia no era inapelable, y he aquí su nuevo fallo.

Esto diciendo, enseñó el papel sellado que había puesto sobre la mesa, y añadió con dulce gravedad:

—Ese pálido pliego libra á Enrique y á Luciana de la necesidad inexorable. No les da una gran riqueza, no, pero les permite elegir su destino. Y es dos veces sagrado, porque manifiesta doblemente la voluntad de los muertos.

Juntó las manos de los jóvenes, y mientras sonreían al porvenir luminoso, añadió en voz baja, con un suspiro:

—¡El amor repara la muerte!

TRADUCCIÓN DE PEDRO DE TORNAMIRA.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LUIS DEL CASTILLO CAMUS Y SU OBRA. — Folleto que contiene cuatro inspiradas piezas para piano originales del distinguido compositor santanderino, quien ofrece el raro ejemplo de intuición musical de componer y ejecutar sin la menor noción de solfeo, armonía, ni piano. Contiene, además, los juicios que acerca del Sr. del Castillo han emitido ilustres músicos y numerosos periódicos. El folleto ha sido impreso en Santander, en la imprenta de José M. Cimiano.

OBRAS COMPLETAS de Juan Valera. — Se ha publicado el tomo XXVIII de tan importante colección, que contiene va-

rios artículos de crítica literaria escritos por el eximio novelista en el período de 1889 á 1896. Un tomo de 338 páginas impreso en Madrid en la Imprenta Alemana. Precio, tres pesetas.

DE LLUNY Y DE PROP, por *Lluís Via*. — Las nueve narraciones que forman este libro son todas á cuál más interesante por su asunto y bella por la galanura del estilo, y constituyen una nueva justificación de la nombradía que en las letras catalanas se ha conquistado su autor. Un tomo de 96 páginas que forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç» que con tanto éxito se publica en Barcelona. Precio, cincuenta céntimos.

LA GROPADA, drama de *Ostrovosky*, traducción catalana de *Narciso Oller*. — La obra de Ostrovosky, característicamente

rusa, es una obra de pasiones intensas cuyo interés crece desde las primeras escenas hasta la catástrofe final. La traducción catalana es inmejorable como hecha por literato tan insigne como Narciso Oller. Un volumen de 132 páginas que forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç» que con tanto éxito se publica en Barcelona; precio, cincuenta céntimos.

EL ÚLTIMO CUENTO AZUL, por *M. R. Blanco Belmonte*. — Colección de cuentos bellísimos, así por sus asuntos como por su estilo, en los que el sentimiento corre parejas con la inspiración. Este libro es un nuevo triunfo del Sr. Blanco Belmonte que tiene conquistada en las letras castellanas una fama tan sólida como merecida. Un tomo de 154 páginas que forma parte de la notable Biblioteca «Patria» de Madrid, y se vende á una peseta.

Las casas alemanas y austro-húngaras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA, pueden dirigirse á la agencia de publicidad Rudolf Mosse, en Berlín, Breslau, Dresde, Duseldorf, Francfort del Mein, Hamburgo, Colonia, Leipzig, Magdeburgo, Maguncia, Nuremberg, Stuttgart, Praga, Viena, Zurich.

AVISO Á LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS DRES

JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
185, Rue St-Honoré, 185
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris

1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECEB.

Éste y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS

8^a St-Denis, 16

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero Hierro Quevenne. — El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

CITRATO EFERVESCENTE "KING"

LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO

SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO

Agente exclusivo: EDUARDO SOLA · Trafalgar 13 · Barcelona

VINO y JARABE DE DUSART

al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

PÍDASE PROSPECTO J. A.

ZEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA EJÉRCITO Y MARINA, VIAJE Y SPORT, TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN DIRECTAMENTE POR **E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA Wetzlar (Alemania)**

LA SEÑORITA

BERNSTEN

Abandonando riquezas y honores, la señorita Berosten, hija del presidente del Consejo de Ministros de Dinamarca, ha resuelto ganarse la vida dedicándose a la profesión de ebanista. En la actualidad está haciendo su aprendizaje en una ebanistería propiedad de una señora y en ella trabaja desde las seis de la mañana hasta las seis de la noche.

Su aspiración consiste en ser dueña y directora de un establecimiento de muebles, pero no quiere establecerse hasta que domine por completo su oficio.

Mientras tanto, trabaja y hace la vida de los demás obreros de su taller.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

EL CERRO PERDIDO Ó UN CUENTO DE SONORA. Novela escrita en inglés por el capitán *Mayne Reid*. Versión castellana de *José Pérez Hervás*. - En esta novela, como en todas las de su popular autor, succédense las más interesantes aventuras enlazadas en una acción que cautiva desde el primer capítulo hasta el último. La belleza de sus descripciones, la originalidad de los sucesos, lo pintoresco de los usos, costumbres, tipos y paisajes, hacen en extremo agradable la lectura de esta novela, que ha sido correctamente vertida al castellano por el distinguido literato Sr. Pérez Hervás. Un tomo de 48 páginas ilustrado por Brunet y editado en Barcelona por D. Francisco Seix; precio, una peseta.

OFIR, por *Angel Salgado*. - Colección de poesías escritas en diversos metros, las más de ellas con títulos de piedras preciosas que dan el carácter a las respectivas composiciones. Un folleto de 32 páginas impreso en León de Nicaragua, en la tipografía «La patria.»



La señorita Bernsten, hija del presidente del Consejo de Ministros de Dinamarca, que actualmente está haciendo el aprendizaje para dedicarse a la industria de la ebanistería (De fotografía de Carlos Trampus.)

MUSEO DE TACNA, FUNDADO POR VICENTE DAGNINO Y OBSEQUIADO A LA CIUDAD. CATÁLOGO. Folleto de 16 páginas impreso en Tacna, en la tipografía de Carlos García Dávila, que contiene una vista del museo, una explicación del mismo hecha por el Sr. Dagnino y el catálogo de lo que comprende en sus secciones de Objetos históricos ó curiosos, Mapas y cuadros, Biblioteca é Historia natural.

CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES. Tomo tercero. - Colección de notables trabajos de J. Rodríguez Cerda, J. Lawrence Laughlin, S. N. D. Noth, V. H. Delgado, P. L. González, E. Molina, E. Piccione, R. Vera, R. Jervis V., H. Barrera, A. Ross y L. Galdames, presentados en la séptima

se publica en Madrid. Precio, una peseta.

ROMANCES DE CIEGO, por *Alberto Casañal Saakery*, ilustraciones de *Ruste*. - El popularísimo escritor de costumbres aragonesas Sr. Casañal ha dado con este libro, uno de los más originales y amenos que se han publicado en su género, una nueva prueba de la gracia y del ingenio con que trata los asuntos baturros. Los doce romances de que consta, así como las siete composiciones que lleva como apéndices, están deliciosamente escritos y provocan esa risa sana del chiste fino, exento de toda chocarrería. Las ilustraciones de Ruste se ajustan perfectamente al carácter del texto. Un tomo de 160 páginas, editado en Zaragoza por A. Allué; precio, dos pesetas.

ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PIDASE EL PROSPECTO (T. 224)
De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Francoforte s/M. - Hamburgo
Londres - París - San Petersburgo - Viena.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN